

PUNTO  
ROJO

# el aventurero de Hong-Kong

burton hare





COLECCION

---

# PUNTO ROJO







BURTON HARE

## **EL AVENTURERO DE HONG-KONG**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 353

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

**BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO**





Dépósito legal: B 38.799 - 1968

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: enero, 1969

© BURTON HARE - 1969  
sobre la parte literaria

© ANTONIO BERNAL - 1969  
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor  
de Editorial Bruguera, S.A.  
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**  
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1969





Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.





**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR  
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

918 — La sangre deja huella.

En Colección PUNTO ROJO:

329 — En Niza también se muere.

En Colección ENVIADO SECRETO:

60 — 005 en órbita mortal.



## CAPÍTULO PRIMERO

Vives un año de infierno y, de pronto, como un estallido, alguien te abre los ojos, te silba en los oídos como una serpiente, y descubres que has estado hundiéndote en lo más inmundo del abismo del alcohol, pudriéndote en un mundo hecho a tu medida, con la vana ilusión de que, de este modo, olvidas y casi dejas de vivir, y ahogas el rencor y el odio y casi revientas, y todo ello por nada.

Comprendes que tu hombría te ha fallado y que de haberte comportado de otro modo, todo hubiera podido ser muy distinto.

Sólo que, cuando lo descubres, casi siempre es demasiado tarde.

Quizá también lo fuera para mí.

Y para ella.

Sobre todo para ella.

Trataba de imaginar cómo sería, en la actualidad. Quizá no fuera ya tan hermosa, pero eso no importa porque estaba viva, y si ella vivía, yo viviría también y resucitaría de ese mundo abyecto en que me había dejado deslizar como un cobarde.

La mente era un caos aquella noche, mientras caminaba bajo la llovizna, por las callejas sucias y pestilentes del barrio del puerto.

Apenas me cruzaba con nadie. Las sombras eran espesas, tenebrosas en medio del chapoteo de la lluvia. Sólo escuchaba mis pasos, y si algún rumor había era producido por cualquiera de las mujeres que se refugiaban en los portales, sombras animadas fundidas en las más negras de la noche, esperando su oportunidad, quizá personificada por un marinero borracho, o un chino acaudalado, o...

En cualquier caso, no me esperaban a mí.

Me detuve frente a la casa. Era vieja, de una sola, planta. No se distinguía de las que la rodeaban. Todo el silencio del mundo parecía haberse concentrado en aquel trozo de calleja, cuando yo me detuve en ella. Un silencio pavoroso, que entraba en los oídos

cual un estruendo. Dentro de él había infinitas gradaciones de más quietud todavía.

Duró todo el tiempo que tardé en decidirme a atravesar la encharcada calzada. Entonces capté el chapoteo del puerto al otro lado de las casas, el ronco zumbido de un transbordador... la chillona música de una radio...

De nuevo me detuve. La puerta era estrecha y oscura. Quizá estuviera cerrada. Yo llamaría y ella acudiría a abrir, y cuando me reconociera, se echaría en mis brazos y hasta quizá lloraría, y yo le diría que de nuevo era mía y que lo sucedido en ese último año de infierno no importaba porque los dos volvíamos a vivir...

Ella era muy importante para mí. Tan importante como vivir, porque sin ella era la muerte. Para mí había estado muerta durante aquel año, porque nadie regresa jamás del infierno, y ella había sido lanzada violentamente al infierno.

En realidad, lo era todo.

Probé la puerta, y se abrió con un chirrido. El interior era tan negro como la tinta. Entré, cerré la puerta y a tientas busqué la llave de la luz.

Una acre pestilencia me asaltó, antes de encontrarla. Cuando la luz brilló, procedente de una bombilla solitaria pendiente de un viejo cordón, me encontré en una especie de sala desordenada y sucia. Pensé que me había equivocado de lugar. Ella jamás permitiría que el lugar donde estuviera fuera una pocilga.

De pronto, una voz ronca, baja y extraña surgió de alguna parte: —¿Quién está ahí?

Localicé la procedencia de la voz; una puerta entornada que había al fondo. Avancé hacia ella, la abrí de un empujón y aquella voz gruñó:

—Está bien, no es ésta mi mejor noche... sea como sea, entra, querido... me dijeron que vendrías...

Entré, encendí la luz y allí estaba ella.

O lo que de ella quedaba.

Pensé que todavía estaba borracho, que la pesadilla de aquellos últimos meses todavía continuaba. O tal vez deseé que la tierra se abriera y que todo estallase a mi alrededor.

Pero no sucedió nada.

Estaba tendida sobre un lecho sucio y revuelto. Casi desnuda, su

cuerpo era una ruina, aquel cuerpo que yo había adorado, pujante de vida y belleza.

Y de su rostro no quedaban más que unos ojos enormes, apagados, muertos, que me miraban cual si no me vieran, sin parpadear... como asombrados de la luz que los hería.

—Bueno, no te quedes ahí...

Avancé. Sólo dije en un susurro:

—Lorna...

Alguien la había destruido.

—¿Te conozco acaso? —balbuceó.

—Lorna... ¡Dios bendito!

Se incorporó sobre un codo, parpadeando por primera vez. Su piel amarillenta estaba cuarteada por un millón de arrugas. Un hilillo de saliva escapaba de la comisura de sus labios.

—Tu voz... —musitó, de pronto.

Me incliné sobre ella, buscando un rastro de su maravillosa hermosura.

No quedaba nada. Sólo una pobre ruina maloliente y cuyos ojos delataban algo que mi subconsciente trataba de ignorar.

—Bart Crane —dije, ahogando un gemido de dolor—. ¿No recuerdas ni mi nombre?

—¿Bart Crane? —repitió el nombre dos o tres veces, como masticándolo. Luego, repentinamente, se echó atrás, y su mirada se desorbitó—: ¡Bart!

—De modo que recuerdas todavía...

—¡Tú! —jadeó—. ¿Por qué has venido, por qué has tenido que venir aquí?

—¿Qué te han hecho, pequeña?

Me senté en el lecho. Ella se arrastró huyendo de mí, casi cayéndose por el otro lado.

—No debiste haber venido —susurró.

Su voz se rompió. Empezó a llorar muy quedo, sin lágrimas, con sollozos rotos, amargos, terribles.

—Te he esperado todo este tiempo, Lorna... creyendo que habías muerto, pero esperando un milagro que te devolviese a mí... Entré en China en tu busca... ¡Condenación! ¿Qué te hicieron? —estallé de pronto, incapaz de dominarme por más tiempo.

Se cubrió la cara con las manos, estremecida por el llanto.

Intenté apartar sus manos y me rechazó, girando hacia el otro lado para ocultarse mejor a mi inquisitiva mirada.

Fue entonces que descubrí la infinita cantidad de marcas, y comprendí lo que estaba claro desde el principio.

Sus brazos y sus muslos estaban cosidos de diminutos hematomas.

No era posible. Bruscamente, la sujeté con dureza, obligándola a volverse y enfrentar mi creciente cólera.

—¿Por qué, Lorna?

Trató de sostener mi mirada, y le faltaron las fuerzas. Se derrumbó de bruces sobre el lecho y musitó:

—Vete, Bart... ¡Por Dios, vete...!

—¿Ahora? Ni lo sueñes. Quiero saber, Lorna, ¿entiendes? ¡Tengo derecho a saber qué poder infernal te ha destruido hasta ese extremo! ¿Qué te hicieron?

Con la cara oculta en la almohada, murmuró:

—No lo comprenderías... Es tan sórdido, tan horrible...

—Sigue. Tú odiabas los narcóticos, luchaste contra esa plaga con la energía de un hombre. ¿Quién te inició?

—Nadie... y todos, Bart. Me obligaron... luego ya no necesitaron empujarme. Yo la pedía... la suplicaba... a cualquier precio, a costa de cualquier cosa, por abyecta que fuera... Ellos eran los amos, me tenían en su poder...

—¿Dónde ocurrió eso, en China?

Sacudió la cabeza, sin mirarme.

—¿Aquí, en Hong Kong? —estallé, atónito.

—Sí... Luego, en el otro lado, fue todavía peor.

—Pero tú te fuiste a China siguiendo una pista falsa, una trampa que te tendió el tipo llamado Burman, ¿no es cierto?

—No, Bart... Burman era su pantalla.

Me eché atrás, estupefacto, con todo el furor del mundo rugiendo en mis entrañas.

—Le maté —dije entre dientes—, seguí sus huellas hasta Macao, y de allí a Manila... Lo cacé como a una bestia. ¡Y ahora me dices que Burman era un simple peón y que...!

—Así fue, Bart. Me capturaron. Estuve dos semanas en su poder, antes que me enviaran a Liu-Chian, al otro lado de la frontera.

El nombre repercutió en mi mente como un mazazo. Yo sabía

qué clase de demonio era el chino, el poder que detentaba dentro del satánico imperio de terror que imperaba en China.

—¿Por qué te enviaron a él? Es un hombre importante... Dirige todo el comercio de narcóticos del sur de China por cuenta de su gobierno. ¿Por qué te pusieron en sus manos, si ya no representabas un peligro para sus manejos?

Por primera vez ladeó un poco la cabeza.

—¿No comprendes?

Sacudió la cabeza. Ella añadió:

—Era su venganza, el modo de humillarme hasta la locura. Liu-Chian me retuvo hasta que se cansó. Entonces me dejó ir como quien aparta de sí un perro sarnoso a puntapiés.

La comprensión estalló en mi mente tan dolorosamente, que dejé escapar un gemido.

No acerté a pronunciar palabra durante más de un minuto.

Después, su voz volvió a surgir del fondo de la almohada, monótona, desesperanzada:

—Nunca pensé que me encontrarías... volví y traté de reunir algún dinero para huir de

Hong-Kong...

pero necesité ese dinero para la... No podía vivir sin ese consuelo. Todo el dinero, Bart...

Era una pesadilla. El horror del infierno desatado de golpe en lo más profundo de las entrañas. Era volverse loco y saber que a pesar de ello debía soportarlo porque Lorna necesitaba ayuda. No importaba que estuviera destruida, que fuera una espantosa ruina de sí misma. Por encima de todo, necesitaba ayuda. Después, ajustaríamos cuentas con los que la habían llevado a ese infierno.

—¿Quiénes, Lorna?

—¿Para qué? No puede llegarse hasta ellos... Grandes, poderosos, honorables, Bart.

Se me crisparon los puños hasta que las uñas se hincaron con fuerza en mi propia carne.

Dije:

—Sea como sea, dime sus nombres.

Sollozó con la cara oculta en la almohada. Entre sollozos, articuló:

—Todo pudo haber sido tan hermoso, Bart. Pensaba retirarme

aquel mismo mes, después de localizar el depósito de opio, había escrito al Departamento, en Londres. Quería vivir solo por ti, realizar mi sueño dorado, la misión más deseada, ser tu mujer y vivir una vida normal a tu lado para siempre, Bart... ¡para siempre!

De nuevo, los sollozos la vencieron. Rodó sobre el lecho, apartándose de nuevo de mí. Con grandes esfuerzos, se incorporó por el otro lado. Estaba de espaldas cuando musitó:

—Pensé acabar con mi sucia vida, tan pronto me soltaron. Me faltó valor.

—No digas tonterías. Puedes vivir de nuevo.

—¿No te das cuenta de que hablas con una mujer que fue una experta en estas cosas, Bart?

Tenía razón. Conocía todo lo que había que saber sobre los narcóticos, de cualquier clase que fueran. Había sido el mejor agente que Londres envió jamás a Hong Kong, en los últimos años.

Busqué palabras con que hacerle comprender que no todo estaba perdido, que todavía quedaban esperanzas. Quería que siguiera viviendo, aunque fuera una espantosa ruina de sí misma. El egoísmo de un amor conservado durante tanto tiempo me empujaba a buscar un milagro.

Sólo que esa clase de milagros no existen.

Su voz, apenas audible, ronca y baja, susurró:

—Hubiera sido tan fácil, Bart... sólo un poco más en una inyección... doblar la dosis, y todo habría terminado.

—¡Basta, Lorna, por Dios, basta!

Ladeó la cabeza. No había lágrimas en sus ojos; no obstante, seguía sollozando. Quizá había llorado tanto, que ya no le quedaban lágrimas que verter.

—Pobre Bart —musitó.

Se levantó, tambaleándose. Dije:

—¿Quiénes, Lorna? Dime sus nombres.

Se volvió. Luchó por mantenerse erguida. Una mocea extraña distendió sus labios.

—Sigues siendo el mismo, ¿no es verdad? Diente por diente. Sólo que esta vez no puedes hacer nada... ni siquiera tú puedes hacer nada.

—Eso déjalo de mi cuenta.

—Las cosas han cambiado mucho... lo supe en el otro lado...

Liu-Chian no se cansaba de decírmelo para burlarse de mí. El gobierno inglés había decidido hacer la vista gorda... retiró todos sus agentes de Hong Kong, le convenía que se intensificara el tráfico porque así los chinos dejaban en paz la colonia y éstos se comprometían a no enviar narcóticos a Inglaterra. Un pacto verbal, pero mantenido a rajatabla. ¿Y tú quieres inquietar a los grandes financieros, a los políticos de la colonia... pobre y viejo amor mío...?

Una horrible carcajada la sacudió de arriba abajo, mezclada con los sollozos. Me estremecí y la seguí con la mirada cuando atravesó el cuarto, moviéndose como si estuviera ebria.

—Antes de llegar a la puerta del baño, musitó:

—Tal vez, si le preguntases a *sir* Mackintosh te dañas cuenta de la insensatez.

Se detuvo junto a la puerta, volviéndose para clavar sus ojos muertos en mi cara. Sentí un frío glacial en todos mis miembros, ante la tragedia que encerraba aquella mirada.

—Ahora sé que debí haberme decidido antes, Bart. Todo hubiera sido tan distinto, tan hermoso y...

Entró y cerró a sus espaldas. Encendí un cigarrillo con manos que temblaban. Aspiré el humo en un intento de contener el loco furor que me dominaba, el salvaje instinto de matar que sacudía las fibras de mi cuerpo como un ataque de fiebre.

Imaginé la triste escena que estaría sucediéndose dentro del cuarto de baño. Ella estaba hundida, en el momento más bajo de su día. Necesitaba la droga tanto como el aire para respirar. Yo conocía bien el ritual a que se entregaban los adictos, el amargo ritual del embrutecimiento y la auto destrucción.

Cuando saliera, sus ojos relucirían endiabladamente y la mortal euforia de los primeros efectos la dominaría. Podría hablar con voz normal, y enfrentaría mi presencia desde un ángulo completamente distinto... tal vez incluso pudiera utilizar un remedio de cinismo para acorazarse contra cualquier reproche.

Oí romperse algo de cristal, algo que se estrelló contra el suelo. Las manos de un drogadicto son torpes...

De pronto, la idea entró en mi mente como un rayo.

En dos saltos estuve junto a la puerta, y traté de abrirla. Estaba cerrada por dentro.

—¡Lorna! —grité.

—Bart... pobre amor mío.

—¡Abre, Lorna, o echo la puerta abajo!

—No, Bart, es demasiado tarde para todo. Vete.

—¡Lorna!

Mi voz semejó un rugido. Retrocedí y cargué contra la puerta con tal empuje que la arranqué de sus goznes. Volteó y golpeó contra la pared con tremendo estrépito. Tuve el tiempo justo de sujetarla antes de que cayera sobre Lorna, que me miraba apaciblemente, sentada en un bajo taburete de madera.

Eché la puerta a un lado. A los pies de la muchacha había una jeringuilla hecha pedazos, una aguja y los trozos de una ampolla.

Sobre el sucio lavabo, dos ampollas más, vacías, confirmaron mi terrible presentimiento.

Sus ojos relucían, efectivamente. ¡Y sonreía!

—Ahora he tenido valor —musitó—. Por primera, vez lo he tenido. Gracias, Bart. Por amarme... por esperar tanto tiempo inútilmente.

—¡Lorna, Dios santo...!

Se estremeció. Una sacudida convulsa. Su cabeza se ladeó como una flor cortada. Apenas llegué a tiempo de sostenerla antes de que se desplomase al suelo. Sus ojos desorbitados parecían de cristal, y los labios le temblaban al mismo ritmo que sus dientes, al entra chocar violentamente.

La alcé en vilo y corrí hacia el lecho. Miré a mi alrededor. No había teléfono con el cual pedir ayuda médica.

Me disponía a correr hacia la puerta cuando ella balbuceó:

—Es inútil, Bart... querido...

Algo se rompió dentro de mí. Algo que dolía como el fuego del infierno, hondo y rugiente.

Tenía razón, por supuesto. Yo sabía perfectamente que con semejante cantidad de droga en el cuerpo ningún médico podría salvarla. Y la convicción de ese final inevitable me hundía todavía más en el desespero.

Sus ojos no me veían, pero sus labios murmuraban palabras incomprensibles. Tomé su mano entre las mías. Tenía la piel helada y blanda. Era como si tocara la mano de un cadáver.

Me senté a su lado, indefenso ante aquella muerte atroz,

horriblemente inútil. Había regresado del infierno sólo para morir.

De pronto, dijo:

—Quizá esperaba verte por última vez... tenía miedo de morir sola como un perro, Bart.

Se estremeció violentamente. Apenas tuve tiempo de sujetarla, y quedó inmóvil, los ojos inmensamente abiertos, fijos en algún lugar remoto.

Deseé que, por lo menos, en ese lugar encontrase la paz de que había carecido.

Suavemente, cerré sus ojos. La cubrí con una sábana, apagué la luz y abandoné la lóbrega vivienda, andando igual que un sonámbulo.

Fuera, seguía cayendo la lluvia. Hong Kong dormía apaciblemente.

Incluso los hombres que iban a morir descansaban, satisfechos y orondos.

Anduve bajo la lluvia, tan despierto como la muerte.

## CAPÍTULO II

Duleep Sing, el sirviente indio, acabó de preparar mi *smoking* y se quedó esperando hasta que hube terminado de vestirme. Entonces preguntó:

—¿Volverás tarde, amo?

—Muy tarde. Pero tú tienes trabajo esta noche. Tan pronto haya salido, cerrarás la casa y te irás a bordo del junco. Prepáralo todo para zarpar en cualquier momento, sin llamar la atención. También lo tendrás todo dispuesto para alojar a un huésped.

—Sí, amo. ¿Cuándo zarpamos?

—No lo sé.

Asintió con un gesto. Era un hombre de tez oscura, alto y fuerte, con el que convivía desde hacía años. Se había convertido en un ayudante insustituible para ciertos trabajos.

Llevaba un *cris* de hoja serpenteante siempre al cinto. Era su arma preferida, y no recordaba haberlo visto jamás sin él a mano.

Tomé el coche y conduje hacia Kowloon.

La noche era oscura como boca de lobo. Las nubes bajas presagiaban lluvia, pero entonces no llovía y un aire pesado y cálido venía del mar, doblando los arbustos de los jardines y las ramas de los árboles.

La residencia de *sir* Mackintosh, ayudante político del gobernador, estaba cuajada de luces. Los jardines relucían en medio del brillo escandaloso de los farolillos eléctricos. Infinidad de coches se apelotonaban en la calle, a ambos lados de la amplia entrada. Los dulces sonos de una orquesta flotaban en el aire, dando un carácter sensual a la reunión.

Estacioné mi pequeño dos plazas y me encaminé a la entrada. Había un policía de uniforme al lado del portero. Entre los dos examinaban las invitaciones oficiales, y, al mostrarles la mía, le dedicaron sólo un ligero vistazo, porque debían aburrirse

contemplando siempre la misma cosa.

Si hubiesen sido más cuidadosos, quizá hubieran podido descubrir la hábil falsificación.

Me interné por los jardines, mezclándome con «el todo Hong Kong», escuchando los temas más variados de conversaciones, los comentarios insulsos y las opiniones de unos y otros.

Un criado pasó con una bandeja llena de copas. Cacé una al vuelo, y me aproximé a dónde estaba el dueño de la casa en compañía de su espectacular esposa.

*Sir* Mackintosh era un tipo realmente impresionante, un inglés de la vieja escuela. Enfundado en un impecable *smoking* blanco, sobre cuya solapa destacaban las banderolas de infinidad de condecoraciones, tenía toda la apariencia de un clásico coronel de tropas coloniales. Sin embargo, era más joven que esos coroneles tradicionales de blancos mostachos, pelambrera gris y aire marcial.

No pasaría de los cuarenta años y, dentro de su exquisita corrección, se adivinaba en él al político de brillante carrera, al hombre de mano de hierro, que vigila las colonias como si fueran establecimientos penitenciarios.

Un digno representante del Gobierno de Londres.

Afortunadamente, no soy inglés.

Su esposa merecía capítulo aparte. Era mucho más joven que él, con un cuerpo cimbreante y hermoso y un rostro sobre el que habrían podido escribirse capítulos enteros para plasmar el fuego que ocultaba.

Las joyas no las mantenía ocultas.

Sobre ella relumbraban diamantes y perlas, y sobre su pelo negrísimo lanzaba destellos una diadema que debía haber costado una fortuna incalculable. Evidentemente, el gobierno británico debía pagar fabulosos sueldos a sus funcionarios... o quizá fuera que premiaba sus leales servicios.

Terminé la copa y deambulé por los jardines, manteniéndome apartado de la multitud. Llegué al borde de una fuentequilla en la que nadaban hermosos peces tropicales. Dejé pasar el tiempo en su contemplación, absorto porque en mi mente se desarrollaba un caos de locos proyectos, de amargos recuerdos... sobre los que flotaba, como envuelta en un sudario, la pobre Lorna, tal como yo la había dejado dos noches antes.

Una voz me sacó de mi abstracción:

—No sabía que fuera usted aficionado a las reuniones sociales, Crane.

Me volví. El teniente Fleming, de la policía colonial, sonreía con cierto sarcasmo, al tiempo que arrancaba nubes de humo de un cigarro puro de exquisito aroma.

—He hecho una excepción esta vez —repliqué—. ¿En calidad de qué está usted aquí, teniente?

—¿No ve mi cigarro? Invitado, por supuesto.

—Entonces, acompáñeme y trate de capturar un buen *whisky*. Usted debe conocer los secretos de la casa.

—No hay ningún secreto en ella. Vamos, hay bebidas de sobra en el salón azul.

En nuestro recorrido, el policía repartió cabezazos de saludos dedicados a los distinguidos invitados. Saludó casi militarmente al dueño de la casa, se apartó para dejar paso al propio gobernador, y al fin llegamos al salón que buscábamos.

Con sendos vasos en la mano, el teniente se recostó en una columna, mirándome con el ceño fruncido.

—Y bien, Grane. ¿Lo sabe o no?

—¿A qué se refiere?

—No puedo creer que ignore usted la muerte de esa chica.

Llamé a todo mi dominio y logré enfrentarme con él, sin ninguna expresión en mi rostro.

—Que me cuelguen si sé de qué está hablando.

—Lo roa Brown.

Apreté las mandíbulas. Dominarme estaba resultando muy difícil.

—Lorna murió hace un año —dije—. Un puerco a sueldo de los grandes del tráfico de narcóticos la atrajo a una emboscada. Desapareció en China.

Sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Usted, sabe que eso no es cierto, Crane.

—¿Quiere decir que no murió?

Conseguí poner fuego suficiente en mi voz, ansiedad bastante como para hacerle titubear.

—Crane, es usted una parte del color local de la colonia. Tiene una fama endiablada y oídos en todas partes. No puedo creer que

no haya sabido más de ella, desde entonces.

—Supe el nombre del que la atrajo a la trampa... Un tal Burman. Cabeceó, asintiendo. Luego, dijo calmadamente:

—Es curioso, Crane... Ese Burman huyó de Hong Kong. Supe que hizo escala en Macao y luego desapareció. Un mes más tarde se le encontró en Manila, hecho trizas. Alguien que debía odiarle profundamente casi lo descuartizó. Y, por aquella época, usted también estaba ausente de Hong Kong. Pero eso es agua pasada, amigo. Lorna Brown fue encontrada ayer, Crane, muerta.

Clavé la mirada en su rostro inteligente.

—¿Dónde?

—En una casucha del puerto. Sólo que de lo que fue no quedaba nada. No obstante, Crane, ahórrese la representación. Estoy absolutamente convencido de que usted lo sabía... incluso apostaría que la vio. Corren extraños rumores en Hong Kong, respecto a usted.

—¡Al demonio con los rumores! Si tiene algo que decirme, suéltelo de una vez, teniente.

Suspiró resignadamente.

—Usted estuvo loco por ella. Incluso abandonó «temporalmente» sus negocios, y no volvió a correr aventura alguna. Vivía solo por ella. Y entonces desapareció, y usted se convirtió en una sombra de lo que había sido.

—¿Y...?

—Quiero decir que, si se entregó al alcohol con la pretensión de olvidar aquel amor, no cabe duda que ahora ha vuelto a sobreponerse. ¿Por qué, Crane?

—Tal vez me he cansado de consumir *whisky*.

—Aceptado, pero debe existir alguna razón. Sinceramente, Crane... ¿La vio usted?

Dejó que el tiempo se deslizara despacio.

Después, asentí con un gesto.

—Sí —añadí.

Sonrió sin pizca de alegría.

—¿Viva o muerta?

—Muerta.

—¿Seguro?

—En realidad, murió hace un año, cuando los puercos

traficantes de heroína la capturaron. Mal podía verla viva ahora.

—Eso no deja de ser un juego de palabras. Barrunto que su cambio se debe precisamente a haberla visto. ¿No es cierto?

—Tal vez.

—Entiendo.

Arrancó espesas nubes de humo a su puro, saboreándolo como si, para él, aquello fuera lo más importante.

Al fin, dijo:

—¿Sabe usted? A veces he estado tentado de incluirlo a usted en nuestra guía turística. Es uno de los pilares de la mala fama de Hong Kong. Se ha ensuciado las manos tantas veces, que ya renuncié a perseguirle hace tiempo, a pesar de que ha dado motivos más que suficientes para ser expulsado a puntapiés... Pero le confieso que sentiría tener que hacerlo. O verme obligado a meterle entre rejas, Crane. Me comprende, ¿verdad?

—No estoy muy seguro.

—Las cosas han cambiado en este último año. No intente una venganza particular, muchacho. Eso traería malas consecuencias para usted.

—¿Alguien ha hablado de venganza acaso?

Suspiró.

—Es usted un tipo raro, Crane. Corrió infinitos riesgos al perseguir a Burman, hasta que lo despedazó por lo que había hecho con Lorna.

Traté de interrumpirlo, pero me atajó con un gesto y añadió:

—Sé lo que me digo. Personalmente, estoy convencido que fue usted quien lo mató. Imagino que jamás podría probarlo, de modo que no me preocupa excesivamente este asunto. Burman era el peor rufián de cuántos he conocido, de modo que se lo ganó a pulso. Pero no trate de repetir sus habilidades con el cuchillo aquí, Crane, porque le encerraré. ¿Está claro?

—Demasiado. Hace un año me retiré de los negocios.

—¿A qué infiernos llama usted negocios? —Se echó a reír—. Contrabando de armas para los guerrilleros chinos. Tráfico de antibióticos. Expediciones con su maldito junco cargado de hombres y mujeres que querían huir de China y tenían con que pagar... Ésos son sus negocios.

—Pruébelo, teniente.

—Ése es un buen chiste.

Arrojó el puro y buscó un lugar donde abandonar su vaso vacío. Después dijo como despedida:

—No lo olvide. Nada de venganzas... Tenemos bastantes quebraderos de cabeza, sin que usted venga a aumentarlos.

—Tengo entendido que la colonia es una balsa de aceite. ¿De qué se queja?

Me miró de través, antes de alejarse.

—Conflictos internacionales. Espionaje por todas partes... cualquiera sabe cómo acabará todo esto. Los chinos están presionados en Macao. Vuelven loco al gobernador portugués con sus continuas algaradas. No me gustaría que las cosas se complicasen aquí también. Y usted podría complicarlas, si se lo propusiera. En cierta forma, es una especie de fulminante. Buenas noches, Crane. Diviértase.

—Sí, seguro; por eso estoy aquí.

—Me gustaría estar seguro.

Se alejó. Busqué otro vaso y lo saboreé a pequeños sorbos. La fiesta estaba en todo su apogeo. El baile, muy concurrido. *Sir* Mackintosh repartía sonrisas y aceptaba felicitaciones a diestro y siniestro.

El rumor de las conversaciones, ahogado por la música, semejaba el vuelo de un monstruoso moscardón.

Y de repente, el rumor cesó, y la mayoría de cabezas se volvieron en una dirección.

Todas las miradas convergieron sobre la mujer que acababa de entrar.

Era tan hermosa que parecía el sueño dorado de un fumador de opio. Su vestido de seda se ceñía a sus curvas como una segunda piel, para abrirse a lo largo de la pierna y el muslo; de lo contrario, no habría podido ni moverse.

Su belleza absoluta, irreal, hacía que destacara por encima de las demás mujeres. Un rostro ovalado, de piel tersa y tostada por el sol, encuadraba unos ojos grandes y tan negros como la noche. Unos labios rosados, apenas retocados, se fruncían levemente en un rictus de humor.

En mi vida recordaba haber visto ninguna mujer tan maravillosamente hermosa, tan completamente perfecta.

*Sir Mackintosh* se inclinó ante ella versallescamente, besando su mano. Los hombres se agolparon a su alrededor, mientras las mujeres dejaban sueltas sus lenguas y no era difícil adivinar el tono de sus comentarios.

Minutos más tarde, la sugestiva muchacha había sido absorbida por la multitud de invitados, y el baile continuó. Me mantuve a la expectativa, esperando, odiando y dominando a duras penas los impulsos que me empujaban a una acción violenta.

Volví a internarme por los jardines, fumando cigarrillos, buscando la soledad de la fronda allí donde apenas llegaban las luces.

No volví a ver al teniente Fleming.

Pero tropecé con la hermosa muchacha cuando menos podía esperarlo.

Tal vez habían transcurrido dos horas desde su llegada. La vi cerca de la fuente donde el policía me descubriera a mí. Y estaba quieta y absorta, fumando con la mirada fija en los pececillos que evolucionaban en el agua de la fuente.

Ella oyó mis pasos y se volvió.

—Hola —dijo distraídamente.

—Hola. No parece usted muy sociable.

—¿Por qué?

—Todos los caballeros que pueblan la fiesta se disputaban su atención, cuando ha llegado. Y usted huye de ellos. No debería estar permitido.

Se echó a reír.

—No recuerdo que usted haya peleado por aproximarse a mí.

—Realmente, esperaba mi oportunidad solamente.

—No lo creo. Nuestro encuentro ha sido absolutamente fortuito. Me llamo Doris. ¿Y usted?

—Bart.

—Apuesto que no es inglés.

—Americano.

—¿Y vive en Hong Kong?

—Desde hace algunos años. Usted debe ser forastera, de lo contrario, no hubiera podido esquivarme durante tanto tiempo.

Volvió a reír. Su risa era armoniosa como su voz.

—Llegué anoche. Mi padre es lo que la gente llama un buitre de

las finanzas. Caucho, ¿entiende?

—Ya veo. Sólo que el caucho no se produce en Hong Kong.

—Oh, claro que no. Pero parece ser que si uno quiere hacer grandes negocios en caucho, no tiene más remedio que cerrar los tratos aquí.

Encendí un cigarrillo después de ofrecerle otro a ella.

Inesperadamente, soltó:

—¿A qué se dedica usted?

—Bueno, digamos que hago algunos negocios también. Exportación.

—Eso es muy vago.

—Todos los negocios de Hong Kong son muy vagos...

Me miró con el divertido descaro de una niña. No obstante, no había nada más que eso de niña en ella, porque físicamente era una mujer pletórica de encantos.

—¿Puedo decirle una cosa? —dijo de pronto.

—Pruebe a ver.

—Usted no tiene aspecto de hombre de negocios.

—Ya veo. ¿Qué aspecto debe tener un hombre de negocios?

—El más opuesto a usted. No me sorprendería que fuera un espía internacional... o un bandolero sobre los que papá me puso en guardia. El dice que pululan por Hong Kong, con entera impunidad.

—Sospecho que su padre ha leído demasiadas novelas de aventuras. Excepto por las algaradas de los «guardias rojos», Hong Kong es el lugar más pacífico de la tierra.

Hizo un gesto de duda.

Entonces, de alguna parte, surgió un grupo de hombres y mujeres, que se lanzaron sobre ella, acaparándola.

Retrocedí unos pasos. No deseaba popularidad entonces.

Discutieron alegremente sobre los planes inmediatos, y acabaron llevándose a la muchacha con ellos, casi en volandas. Mas, todavía pudo volver la cabeza y exclamar:

—Espero que nos veamos antes que termine la fiesta, Bart...

Tras esto, desaparecieron y volví a quedarme solo.

Maldije para mis adentros. No entraba en mis planes dejar que nadie se fijara en mí. Y había sido lo bastante estúpido como para entablar conversación con la hermosa Doris.

A partir de aquel instante, me mantuve tan apartado de la fiesta

que, cuando ésta terminó, me encontraba sentado al pie de un árbol gigante, en el extremo más alejado del jardín.

Se apagaron las luces. Todo quedó en silencio cuando la oscuridad más absoluto cayó sobre el jardín.

Entonces me levanté y anduve como una sombra aproximándome a la casa. También sus ventanas fueron oscureciéndose una tras otra. Finalmente, sólo quedó una con luz en la planta baja.

Erguí la cabeza junto a ella.

Dentro, *sir* Mackintosh estaba encendiendo un cigarrillo. Sus ademanes denotaban cansancio. Se dejó caer pesadamente en un butacón, justo cuando su esposa apareció en la puerta y le dijo algo. El replicó y, a juzgar por sus ademanes, le indicó que deseaba quedarse un poco más, el tiempo de fumar el cigarrillo.

La mujer asintió y se fue, cerrando la puerta.

Había llegado mi oportunidad.

### CAPÍTULO III

No se sorprendió demasiado cuando me vio ante él. Se quitó el cigarrillo de los labios y me miró, frunciendo el ceño.

—¿De dónde sale usted ahora? —exclamó—. La fiesta terminó. ¿Se extravió por el jardín acaso?

—He aguardado a que se fueran todos, *sir* Mackintosh. Quería encontrarle a usted a solas.

—Bueno, eso es muy atrevido por su parte. ¿De qué se trata?

—Quiero que me acompañe usted. Hay algo importante que debe ver. Algo como no ha soñado jamás.

Se levantó poco a poco. Su aristocrática sangre británica comenzaba a alterarse.

—No tengo intención de salir de casa a estas horas. Y ya que hemos llegado a ese punto, todavía no sé quién es usted. Si estaba entre mis invitados...

—Ahórrese la palabrería.

Le mostré la pistola casi con indiferencia. Era una achatada «Bereta», cuyo aspecto no tenía nada de atractivo.

—No crea ni por un instante que no dispararé aquí dentro, *sir* Mackintosh, porque cometería el mayor error de su vida. Vamos, salgamos fuera.

Palideció. Estaba mucho más furioso que asustado.

—¡Si cree que me someteré a este atropello, está usted loco! Mi posición en la colonia...

Le golpeé duramente en la cara. Fue un seco trallazo propinado con la pistola, y un surco sangriento apareció a lo largo de su mejilla, tirándolo sobre la butaca.

—¡Levante la voz y le mato, bastardo! Eso pudo hacerse pacíficamente, pero no me importa seguir su método. ¡Levántese!

Creo que, por primera vez, se dio cuenta de que la cosa iba en serio, y que conmigo no le valdrían sus influencias ni su posición en

la colonia.

Se levantó poco a poco, y me miró recto a los ojos, desafiante.

Algo debió ver, que le hizo tambalearse. Quizá fuera el ardiente odio que me dominaba.

—Pagaré usted muy caro todo esto, sea quien sea...

—Eso será después, en todo caso. Camine hacia tu jardín. Una sola voz de alarma, y quedará mudo para siempre, no lo olvide.

Le conduje hacia la parte posterior del jardín, allí donde había la estrecha puerta de servicio. Salimos a la calle, y no nos detuvimos hasta llegar al lado de mi coche.

—Conducirá usted —dispuse—. Puede intentar cualquier triquiñuela, si quiere, como estrellar el coche. Pero en todo caso, usted morirá porque le meteré un proyectil en el cuerpo, tan pronto empiece a dárselas de listo.

—Pero... No comprendo nada... le aseguro que todo esto es absurdo. Ni siquiera le conozco... ¿De qué se trata, un rapto?

—Poco más o menos.

—Mire, podemos arreglarlo ahora, sin necesidad de ir a ninguna parte... tengo grandes sumas en mi caja fuerte. No necesita esperar... le pagaré mi rescate personalmente.

—Amigo, ni todo el Banco de Inglaterra tiene dinero suficiente para librarle a usted. Suba.

Así emprendimos el viaje.

Duleep Sing contempló a mi prisionero con ojos que chispeaban. Por alguna razón, odiaba profundamente a los políticos y militares ingleses. Instintivamente, acarició el maldito *cris* malayo que llevaba en el cinto.

—¿Éste es nuestro «huésped», amo? —susurró ominosamente.

—Seguro. Quiero que lo amarres mientras yo preparo algunas cosas.

—Con mucho gusto, amo... ¡Tú, ven aquí, perro!

*Sir* Mackintosh, de pálido que estaba, enrojeció hasta la raíz de los cabellos. No concebía que un indio pudiera tratar a una autoridad británica de semejante manera.

Un empujón le decidió a desplomarse sobre una silla. El junco se balanceaba dulcemente en la quietud de la noche. De vez en cuando se oía el ronco bramido de un transbordador. El agua chapoteaba

contra el pesado casco con el canto monótono de una melopea funeral.

Cuando regresé, el aristócrata inglés estaba firmemente amarrado a la silla, y ésta, sujeta a la base del palo. Su expresión era de desconcierto. La sangre continuaba deslizándose por su mejilla, y en general había perdido no poca de su apostura de diplomático de la vieja escuela.

Miró la jeringuilla que llevaba en la mano, y desorbitó los ojos.

—¿Qué diabólica idea es la suya, maldito? —estalló.

—Imagino que no responderá voluntariamente a unas cuantas preguntas, de modo que voy a administrarle un poco de *escopolamina*. El suero de la verdad facilitará las cosas, ahorrándonos mucho tiempo.

—¡Maldito sea! ¿Cómo se atreve...?

—Tal vez quiera colaborar espontáneamente... Veamos, ¿quién intervino en el rapto y todo lo que siguió, de Lorna Brown, hace un año?

—¿Qué?

—Por favor, nada de representaciones dramáticas. Sé que usted actúa en el tráfico internacional de narcóticos procedentes de China, quizá garantizando el tránsito seguro por la colonia. ¿Quiénes más están en lo mismo?

—¡Está usted loco...!

—Bueno, ya imaginaba algo así.

Le hundi la aguja, y trató de moverse violentamente, a pesar de las ligaduras. Duleep Sing le descargó un mazazo en pleno rostro, y el inglés se quedó quieto.

Cuando retiré la jeringuilla, el sirviente gruñó:

—¿Crees que con eso hablará, amo?

—Seguro.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Me volví. El indio tenía el ceño fruncido.

—Adelante, Duleep Sing.

—¿Por qué te interesan los narcóticos, amo? Nunca quisiste ni siquiera rozar ese negocio... es sucio, criminal y sólo sirve para proveer de divisas fuertes al gobierno de Pekín...

—No vayas a meterte en política ahora, amigo mío. No vamos a negociar con heroína precisamente. Tal vez cuando haya

interrogado a ese bastardo, pueda explicártelo todo. Voy a necesitarte para lo que me propongo.

—Puedes contar con Duleep Sing, amo.

Eso ya lo sabía yo. Nos habíamos visto en tantos apuros juntos, salvándonos la vida uno al otro tantas veces, que el vínculo que nos unía era mucho más profundo que la simple servidumbre por su parte.

Había que esperar un poco. Encendí un cigarrillo y subí a cubierta.

En la lejanía, extendiéndose como una marea oscura, parda y pestilente, el hacinamiento de *sampanes* se perdía hasta donde alcanzaba la vista. *Aberdeen*, monstruosa concentración de seres humanos donde el hambre y la disentería causaban estragos, era una pústula purulenta que crecía en el flanco de Hong Kong, envenenándose día a día. Cuando reventase, esperaba poder encontrarse a mil millas de distancia.

Eran sólo dos nombres.

Respiré profundamente, en un intento de calmar mi excitación.

*Sir* Mackintosh murmuraba palabras ininteligibles. Duleep Sing, a un lado, esperaba.

Miré el papel otra vez.

*Sir* Josua Marsten, millonario, importador-exportador... ¿De qué?

Guy Carfon era el otro. Director del Banco de Inglaterra en la colonia.

—Dos nombres.

Dos escorpiones, a los que aplastaría a mi modo.

—Duleep Sing.

—¿Sí, amo?

—Quiero que busques a

Sing-Tao.

Cómprale cien gramos de heroína.

Dio un respingo, atónito.

—¡Pero, amo...!

—Y los quiero esta noche. Cuando los hayas conseguido, vuelve aquí sin perder un segundo.

—Pero heroína... Tú no necesitas esa porquería.

—¡No discutas, maldita sea!

Asintió resignadamente. Le di un puñado de billetes, y salió corriendo. Poco después, escuché el chapoteo de los remos alejándose del junco.

Cuando, más tarde, *sir* Mackintosh recobró el conocimiento, tropezó con mis ojos en su rostro. Parpadeó y tardó unos instantes en coordinar las ideas.

Entonces gimió:

—¡Lo ha conseguido! ¿No es cierto?

—Sí.

—¿Pretende acabar con el tráfico usted solo? No comprendo qué clase de loco es usted, pero...

—Mis proyectos son muy distintos. Hace un año, usted y esos dos respetables *gentleman* capturaron a Lorna Brown. Sospecho que para entonces el gobierno británico todavía luchaba contra las drogas, de modo que ustedes tres actuaban en las sombras. Después, las cosas cambiaron, y Londres retiró sus agentes antidroga. Así, usted y sus dos socios adquirieron carta de ciudadanía para su tráfico. A Inglaterra le interesa que todo el tráfico de opio y heroína de Oriente pase por Hong Kong. Representan millones, una parte de los cuales se quedan aquí, en el Banco de Inglaterra, mientras la otra parte es transferida a las arcas de Mao. ¿Me equivoco?

—¡Es una medida política, no económica! ¿Quiere que se reproduzcan los disturbios del año pasado? ¡Costaron más de cincuenta muertos...!

—¿Y cuántos muertos en vida crean ustedes con su asqueroso tráfico? Pero eso es filosofía barata. La cosa se centra en un nombre: Lorna.

Parpadeó.

Añadí lentamente:

—La destruyen para que su fin sirviera de ejemplo y luego la entregaron a Liu-Chian, al otro lado de la frontera. Sabían que ese demonio la convertiría en una piltrafa. ¡Lo sabían, puerco!

Descargué el furor que me cegaba con un seco trallazo al mentón, que lo dejó semiinconsciente.

Sentí tentaciones de matarlo y, para evitar que me venciera el odio, subí a cubierta y permanecí allí más de media hora.

Casi amanecía cuando Duleep Sing regresó, inquieto a causa del

cargamento que transportaba.

Tomé la heroína y volví al lado de mi prisionero.

—Permanecerá usted a bordo un mes o dos, bastardo —le anuncié con voz que temblaba de ira—. Pero cuando le suelte, usted será también una ruina gimoteante, un despojo empapado de heroína hasta las cejas, y que sólo vivirá para conseguir más y más dosis. A partir de ese momento, estará vencido, denigrado, embrutecido hasta tal extremo, que los mismos perros sarnosos de Aberdeen se apartarán a un lado con asco. Trae la jeringuilla, Duleep Sing. Empezaremos con medio gramo... o lo hundimos rápidamente o revienta de una vez.

Estaba mudo de terror. En aquellos instantes, era incapaz de articular palabra porque el horror de la situación llenaba por entero su mente, como una inundación de pavor.

Sólo cuando tuve preparada la inyección, comenzó a gritar, enfurecido, loco de espanto porque él, mejor que nadie, sabía el infierno en que iba a penetrar, a partir de aquella noche.

El sirviente indio le amordazó. Tras esto, le inyecté por primera vez.

—A partir de esta noche, cada día le pondrás una inyección —ordené—. Dentro de poco, habrá dos hombres más aquí, que sufrirán el mismo tratamiento. ¿Has comprendido?

—Sí, amo. Pero la policía les buscará... son importantes.

—Cuando los tengas a todos a bordo, zarparás en compañía de Kuo. Seguirán el tratamiento en alta mar, fingiendo ser pescadores, si cualquier lancha patrullera se les acerca. Eso es todo.

Asintió. Abandoné el junco porque en veinticuatro horas necesitaba al resto de mis huéspedes.

Un respetable banquero y el millonario respaldado por el gobierno.

Una buena pareja, cuyos nombres encabezaban todas las listas sociales de la colonia.

Cuando yo terminase con ellos, encabezarían otra clase de listas, y no precisamente sociales.

## CAPÍTULO IV

La amarga tarea había terminado. La tierra cubría su tumba, y Lorna descansaba en su morada definitiva. Los dos sepultureros chinos me miraron con cierta indecisión, porque yo era el único asistente al entierro.

Les di dinero y se fueron. Todavía permanecí allí un tiempo, aborto, diciéndole con la mente que la justicia estaba hecha y que los perros que la destruyeron estaban siendo destruidos a su vez, exactamente igual que hicieran con ella.

Diente por diente.

El sol se ocultó tras una nube. La luz se hizo más gris, tamizada y triste, acorde con mi estado de ánimo. Algún día no lejano, los tres culpables de que ella estuviera bajo tierra serían sepultados también, aunque con más pompa, seguramente.

—Sabía que le encontraría aquí, Crane.

Me volví con un sobresalto. El teniente Fleming, de uniforme, se había detenido a mi lado.

—Quise venir antes —explicó—, aunque sólo fuera para que no estuviera usted solo. No me ha sido posible.

Le miré recto a los ojos. Jamás sabría cuánto le agradecía aquellas palabras.

—Fue una gran chica —murmuró—. Pero si se detiene a pensar con calma, es mejor que todo haya terminado. Su vida debía ser un infierno.

—¿Gracias a quién?

Parpadeó, mirándose ceñudo.

—Ella regresó del otro lado de la frontera, Crane —dijo—. Eso es una respuesta a su pregunta.

Echamos a andar hacia la salida. Entonces le solté:

—Cuando fue entregada a Liu-Chian, ya la habían llenado de narcóticos, a fin de convertirla en una adicta, teniente.

Se detuvo en seco.

—¿De dónde ha sacado esa insensatez, Crane?

—Ella me lo contó cuando estaba muriéndose. No podía mentir en aquellos instantes supremos.

El estupor le dejó mudo. Reanudamos la marcha entre las tumbas hasta alcanzar la salida. Su coche oficial estaba junto al mío, con el chófer esperando, rígido, a un lado.

—De modo que tuvo usted tiempo de hablar con Lorna —musitó al fin—. ¿Qué más le dijo?

—Nada más.

—Por casualidad, ¿no mencionó los nombres de quienes hicieron eso con ella?

—No.

—Por aquella época, se luchaba duramente para combatir el tráfico de narcóticos... al mismo tiempo que tenían lugar las algaradas de los «guardias rojos de Mao», y las exigencias de éste sobre la colonia. Después, todo se apaciguó, y ella había desaparecido. No lo comprendo. Los tres agentes antidroga fueron retirados de Hong Kong, sin que nada sucediera. ¿Por qué con ella fue distinto?

—Tal vez porque para Lorna el acabar con los traficantes era una suerte de cruzada... Su hermana había muerto poco tiempo antes... por culpa de la heroína.

—Entiendo..., Usted quiere suponer que Lorna no habría acatado las órdenes de abandonar. ¿Es eso, Crane?

—Tal vez hubiera obedecido, pero después de pregonar, por medio de la Prensa, la ignominia que había aceptado el gobierno de Londres para satisfacer las exigencias de Mao; prácticamente, convertirse en cómplice del tráfico para llenar de oro las arcas chinas de Pekín.

—Creo que se pasa de rosca, amigo. Está amargado...

—¡Claro que estoy amargado! El juego político siempre me ha asqueado... especialmente el inglés. ¿Ha calculado usted alguna vez las toneladas de droga que pasan por Hong Kong al cabo del año?

—Bueno...

—No, claro... Sus atribuciones no le permiten pensar por su cuenta. Pero yo sí lo he hecho. Y he visto los estragos que causan. He contemplado los sucios y babeantes adictos en los hospitales y

fuera de ellos. He contemplado su desespero cuando carecen de sus «tomas» habituales y de lo que son capaces para conseguirlas; he visto de cerca el infierno personal de cada uno, y con la droga que pasa por Hong Kong cada año pueden convertirse un millón de seres humanos en nuevos esclavos del vicio. Piénselo alguna vez, aunque lleve uniforme británico, Fleming.

Abrí la portezuela de mi dos plazas, y me senté ante el volante. El titubeó unos instantes, hasta que se decidió.

—Le acompaño —gruñó.

Dio órdenes a su chófer, y tomó asiento a mi lado. Empecé el camino de la ciudad.

Al cabo de un minuto de silencio, carraspeó y me miró de través.

—Usted es un bicho raro, Crane —soltó, de repente—. Me consta que no tiene escrúpulos de ninguna clase. Se ha jugado el pellejo en cualquier parte del mundo donde haya habido jaleo, si con ello ha visto la posibilidad de embolsarse un puñado de dólares... Y ahora resulta también un sentimental. Esa mezcla puede ser muy peligrosa.

—Sí, ya me dijo algo de eso, una vez.

—Ahora es peor.

—¿Por qué?

—Porque su sentimentalismo puede empujarle a una acción que me obligue a intervenir a mí.

—Tal vez.

—De modo que es así.

—Hasta ahora, usted lo dice todo. Si tanto le preocupa lo que yo pueda hacer, ¿por qué no me encierra?

Gruñó por lo bajo. Luego dijo, despacio:

—Lo crea o no, es lo que más me gustaría hacer... si pudiera. O quizá fuera mejor expulsarlo de la colonia. En Macao estaría usted a sus anchas, incluso peleando a brazo partido con los «guardias rojos».

—También los hay aquí, teniente.

—Pero están quietos.

—¿Gracias a qué?

—No empiece otra vez.

—No hay nada que empezar. Están amordazados por sus propios amos, porque mientras se mantengan quietos, el oro entra a paladas

en las arcas de Mao y compañía. Y no me diga que lo ignora porque tendría que llamarle embustero, Fleming.

—Sé mucho más que usted sobre este asunto, pero está fuera de mi esfera ponerle remedio. Y de la de usted, dicho sea de paso.

—Bueno.

Calló, pensativo. Entramos en las bulliciosas calles, y allí pareció despertar.

—Lléveme a jefatura.

Detuve el coche ante la entrada del edificio policíaco. El se volvió hacia mí, antes de abandonar el coche.

—Hay algo que quería decirle, pero sí habló con Lorna ya no es necesario.

—Dígallo, de todos modos.

—Quienes la pusieron en la frontera fueron hombres de Liu-Chian. ¿Lo sabía?

—Sí.

—Bien, eso es todo.

Saltó del coche y cerró la portezuela. Entonces le espeté:

—¿Qué se trae entre manos, Fleming?

Se volvió en redondo.

—¿Yo?

—Tengo la impresión de que tiene algo entre ceja y ceja. Si es así, suéltelo de una maldita vez, o váyase al diablo.

Sonrió con una mueca.

—Me voy al diablo, Crane. Cuídese.

Se alejó. Estuve siguiéndole con la mirada hasta que desapareció en el interior del edificio.

Aposté conmigo mismo que al llegar a su despacho encontraría sobre la mesa las denuncias por la desaparición de tres prominentes ciudadanos, fieles servidores de la corona británica y todo eso.

Me largué, antes de que volviera a salir de estampida.

Unas nubes bajas flotaban rozando El Pico. Me encaramé por la serpenteante carretera hasta mi casa, extrañamente sola sin la robusta presencia de Duleep Sing.

El resto de la tarde lo pasé solo, bebiendo, fumando y pensando, luchando por desprenderme del atroz recuerdo de Lorna, sin conseguirlo.

Y anochecía cuando alguien llamó a la puerta. Entonces me di

cuenta de que estaba casi a oscuras, de modo que encendí las luces y abrí la puerta.

Allí estaba la más bella aparición que yo viera jamás.

La hermosa Doris en persona.

Tras ella, un hombre corpulento, de rostro de perro de presa y ojos como carbunclos.

Me aparté y les dejé paso libre. Tan pronto hube cerrado la puerta, ella se volvió y dijo:

—Desde que le vi, supe que no era usted un hombre de negocios, Crane.

El hombre la interrumpió. Gruñó con voz seca:

—No necesitamos andarnos con rodeos. Negocios o no, le interesará ganarse cinco mil libras. ¿Sí?

Me interesaba, por supuesto.

## CAPÍTULO V

Les contemplé por encima del borde de mi vaso. Formaban una pareja asombrosa, que no tenía nada en común.

—Todavía no me ha dicho quién es usted —le recordé al hombre, y luego señalé a la muchacha—. Y todo lo que sé de usted es que se llama Doris. Si hay un negocio de cinco mil libras por medio, quiero saber con quién me asocio.

Ella asintió, sonriendo de modo adorable.

—Mi nombre completo es Doris Murray. El... digamos que es míster Smith. ¿No es ése el nombre más corriente en su país, Crane?

—Y en el suyo. Pensé que era su padre.

—Públicamente, lo es.

Arrugué el ceño. O estaban tomándome el pelo o...

—Más claro.

—Ya basta.

Cada vez que él intervenía, su voz sonaba como un ladrido.

—Hábleme del negocio —dije.

Estaban sentados en sendos butacones. Me acomodé frente a los dos. Cambiaron una rápida mirada.

—Oficialmente, señor Crane, mi estancia en Hong Kong obedece a negocios de caucho —explicó el hombre—. Ella pasa por mi hija, y así todo es más fácil.

—¿Qué es más fácil?

—Introducirse en sociedad. Necesitaba pulsar ciertos ambientes, antes de determinar mis actividades inmediatas.

—¿Y los ha pulsado ya?

—Sí.

—Sigo sin entender una palabra.

Ella le atajó con un ademán.

Dijo:

—¿Sabe qué significa M.I.5, señor Crane?

—Seguro. Un organismo de espionaje y seguridad, semejante a la CIA., americana.

—No exactamente —intervino él—, pero su definición sirve para el caso. He sido delegado por ese organismo para un trabajo un tanto extraño.

—¿Y qué pinta Doris en esto?

—Ella... es mi secretaria.

—Con un demonio. ¿Por qué tantos rodeos? Al principio usted parecía dispuesto a ir al grano míster... Smith.

—Sí, a veces me pierdo —hizo una mueca y añadió—. Tenemos un problema, señor Crane. Un hombre ha entrado en China llevando como equipaje algo de primordial importancia para nosotros.

—No me diga. ¿A quiénes involucra al decir «nosotros»?

—Al gobierno inglés, por supuesto.

—¿Y por qué me lo cuentan a mí? Están en excelentes relaciones con el «gran imperio».

—No tan buenas. Pero eso es otro asunto. Ese hombre de que le hablo, se apoderó de un pliego confidencial... altamente secreto. Necesitamos recuperarla.

—¿Cree que soy idiota?

Dio un respingo, escandalizado.

—Señor Crane —gruñó, impacientándose—, sabemos, la clase de hombre que es usted. Y le supongo lo bastante inteligente para comprender que si he recurrido a una especie de delincuente, un... aventurero internacional, para decirlo de alguna manera, es debido a que tengo poderosas razones para hacerlo.

—Me halaga.

Pasó por alto el sarcasmo y prosiguió:

—Tal como usted ha dicho, tenemos relaciones diplomáticas con el gobierno de Pekín... unas relaciones muy «delicadas». No podemos exponernos a un conflicto internacional, a causa de ese traidor que he mencionado. Si cualquiera de nuestros agentes es capturado dentro de China, eso dará fuerza y argumentos necesarios a los rojos para presionarnos terriblemente, incluso en las condiciones de vida de la colonia... Hong Kong se mantiene gracias a un equilibrio extremadamente quebradizo.

—Se mantiene gracias al tráfico de opio y heroína —le espeté

abruptamente.

De nuevo cambiaron una mirada. Fue Doris quieta habló entonces:

—No nos incumbe a nosotros juzgar la política colonial de nuestro gobierno, señor Crane. Hemos seguido la pista de ese traidor hasta Hong Kong. Anoche pasó la frontera.

—¿Con los documentos?

—Seguramente, los dejó atrás.

—¿Qué clase de documentos?

Titubearon. El hombre gruñó:

—Someramente, puedo decirle que se trata de los planes y previsiones del gobierno para nuestra futura política en Hong Kong, para el caso de un ataque chino, o de disturbios en gran escala, como está sucediendo en Macao. Con ellos en la mano, el dictador rojo puede burlarnos y jugar otras bazas que nos obligarían a claudicar y someternos a nuevas presiones suyas.

—La vez anterior les obligó a secundar su tráfico de narcóticos —les solté, de mal talante—. ¿Qué espera que les obligue a aceptar ahora, la ciudadanía china?

—Con sarcasmos no llegaremos a ninguna parte. Parece usted obsesionado por esos narcóticos.

—Lo estoy.

—En ese caso, lo estará también por el organizador del tráfico.

—Digamos... «los organizadores».

—Son sólo matices. Yo me refería a Liu-Chian.

Di un respingo.

—¿Qué pasa con él?

Doris dijo:

—El traidor que buscamos pasó la frontera para reunirse con Liu-Chian.

Me eché atrás, conteniendo un largo suspiro. Empezaba a comprender de dónde procedía todo el asunto.

—Siga.

El hombre tomó la palabra, una vez más:

—Nuestro traidor...

—Que debe tener un nombre —le atajé.

—Sí, claro... Randy Helm. Tal como decía, ha obrado de esa forma por ambición. Espera una gran suma a cambio de los

documentos. Eso nos da cierto tiempo, porque Liu-Chian tendrá que consultar con Pekín... por otra parte, Helm no será tan estúpido de llevar esos pliegos en su viaje al otro lado de la frontera, porque podrían quitárselos, sin pagarle un penique.

—Resumiendo...

—Usted conoce la frontera como nadie. La ha pasado infinidad de veces para rescatar fugitivos y ayudarles a huir. Ha pasado armas para los resistentes y medicinas para los guerrilleros que actúan aisladamente. ¿Cree que podría capturar a Helm y traerlo de vuelta?

Al fin, habían llegado al nudo del asunto.

—¿Quién les ha enviado?

—¿Cómo?

—Alguien debe haberles hablado de mí, contándoles parte de mi historial. ¿Quién?

—Eso es confidencial.

—Déjese de bobadas. No responderé a su pregunta hasta saberlo.

Doris asintió con un gesto.

—El teniente Fleming. El y su jefe inmediato son los únicos que conocen nuestra verdadera identidad.

—Ya veo... ese apestoso zorro lo llevaba entre ceja y ceja.

—¿Cómo dice?

—Olvidelo.

—¿Cree usted que podría hacerlo?

—Podría intentarlo por cinco mil libras. ¿Es únicamente a Helm que quieren ustedes?

—Fleming nos habló de su reciente experiencia con una joven...

Doris se interrumpió. Clavó la mirada en su hermoso rostro, y entonces añadió:

—Fue Liu-Chian quien hizo esas cosas horribles con ella. Usted le odia, ¿no es cierto?

—Algún día le mataré.

—Bueno... si entra usted en China para cazar a Helm, quizá tropiece con su enemigo personal.

—Sí, quizá... sólo que Liu-Chian está rodeado de un ejército de policías populares. Está bien, demos por sentado que me interesa su proposición, ¿cuándo cobraría las cinco mil libras?

—Serían depositadas a su nombre mañana mismo.

—¿Por qué no envían a cualquiera de sus agentes?

Carraspeó, apurado. Yo adivinaba la respuesta, pero quería obligarles a quitarse la careta, de una vez por todas.

Finalmente, míster Smith gruñó:

—Porque podría ser capturado. Un agente inglés, en esas condiciones, sería un arma terrible en manos de Mao. En cambio, si le capturan a usted, será sólo un episodio aislado, la caza de un aventurero que ha desafiado sus fronteras docenas de veces.

—Eso era lo que imaginaba.

—Entonces, ¿acepta?

—Por supuesto, aunque con algunas condiciones previas, naturalmente.

—¿Cuáles?

—No tendré que dar cuenta a nadie de cómo consiga el objetivo, no tendré limitación alguna en cuanto a medios para lograrlo y a mi regreso no se me pedirán cuentas de lo que haya hecho en China.

—Aceptado.

—No ha tenido que pensarlo mucho.

—Estaba seguro de que exigiría usted algo semejante. Lo supe tan pronto el teniente Fleming nos habló de usted. Ahora, permítame recordarle que no disponemos de mucho tiempo. Helm permanecerá con Liu-Chian hasta recibir respuesta de Pekín. Tal vez dos días, pero no más.

—Serán suficientes, si realmente fue a reunirse con Liu. ¿Dónde deberé entregar a Helm?

—Bien... aquí sería un buen lugar, ¿no le parece?

—Conforme, si puedo traerlo vivo.

—Nos interesa vivo, por supuesto, señor Crane. Muerto, no podría decirnos dónde escondió el legajo.

—Si cree que sacar de China un tipo como ése a la fuerza es fácil, permítame decirle que está loco. Hay un millón de dificultades para sacar a quienes desean huir, de modo que esas dificultades se multiplican por mil, sí ese individuo lo que desea es quedarse allí. Tal vez...

—¿Qué?

—Quizá tenga que matarlo.

Doris soltó una exclamación. El hombre bufó:

—¡Lo queremos vivo, señor Crane!

—Yo quiero un millón de dólares, y nadie me lo da. Pedir imposibles es fácil.

Doris susurró:

—Quizá nos interese también el informe y no el individuo, señor Crane.

Míster Smith emitió una especie de quejido:

—¿Estás insinuándole que puede matar a Helm, después de arrancarle el escondrijo del legajo? Doris, creo que...

—¿Qué es lo que quiere usted, el legajo o a Helm?

—¿No es lo mismo?

—No.

Lo pensó durante un tiempo.

—El legajo, naturalmente —decidió, al fin.

—Bien, es cuanto quería saber. ¿Dos días?

—Es el máximo que calculamos.

—Estaré de regreso en tres o cuatro días —remaché—. Si para entonces no he vuelto, vayan preocupándose de prevenir el estallido de Mao, porque tendrá los papeles en su poder.

Asintieron con un gesto. El hombre se levantó, sacando la cartera. De ella extrajo una fotografía.

—Éste es Randy Helm. Grabe ese rostro en su memoria, y queme la foto antes de emprender el viaje. Y... buena suerte, Crane.

—Gracias.

Doris no se había movido. El hombre la miró, y ella dijo:

—Regresaré más tarde. El señor Crane será tan amable de llevarme en su coche, ¿no es cierto?

—Será un verdadero placer.

Y dije la verdad.

Smith se fue, refunfuñando. Al quedar solos, preparé nuevas bebidas, le ofrecí una y comenté:

—Un individuo amargado. Realmente, ¿es algo suyo?

—Mi jefe inmediato. Buena persona, a pesar de todo.

—Leal a la corona y todo eso, ¿no?

—Es su deber.

—Un deber muy especial. Pero no hablemos del gran tipo. Usted es un tema más agradable, Doris.

Sonrió.

—Cuando el teniente Fleming nos habló de usted, imaginé que su

personalidad sería algo complicado, desagradable incluso...

—¿Y...?

—No es así. Es un hombre que ha vivido demasiado aprisa y demasiado intensamente. Se ha «quemado» prematuramente, y por eso está amargado.

—Cinco mil libras le dan derecho a hacerme el retrato psicológico. Siga, diviértase.

No le gustó mi tono. Pero todo lo que dijo fue:

—¿La amó usted mucho, Bart?

No tuve que pensar la respuesta:

—Sí. Lo fue todo para mí.

Asintió con un gesto.

—El teniente nos dijo que usted era capaz de vengarla por su cuenta y riesgo. Fleming parece conocerle muy bien...

—Por eso les indicó que vinieran a hacerme esa proposición descabellada.

Sonrió. Parecía muy dueña de sus reacciones. Una mujer equilibrada y segura de sí misma. Debía serlo para realizar su trabajo. También Lorna lo había sido.

—Deme un cigarrillo, Bart.

Le ofrecí fuego, y ambos encendimos. Hubo un prolongado silencio.

De nuevo, fue ella quien lo rompió:

—¿Por qué ha aceptado pasar la frontera, arriesgando con ello la vida, sólo por las cinco mil libras?

—Esa cantidad es un bocado apetitoso. Pero, y eso lo digo ahora que ya hemos cerrado el trato con el «hombre importante», habría aceptado de todos modos, aunque me hubiera costado dinero.

Asintió con un gesto, sonriendo.

—Lo suponía. Antes que nada, está su personal ajuste de cuentas.

—Yo lo llamaría un acto de estricta justicia.

—¿Se considera tan importante como para hacer de juez y parte?

—Y verdugo... cuando tenga oportunidad.

—Y todo por una mujer, Bart. Asombroso. Creí que la pasión, el romanticismo y todo eso había pasado a la historia.

—Nunca pasará a la historia, mientras existan un hombre y una

mujer, Doris.

Se levantó. Por primera vez, parecía inquieta. Era tan bella que daba vértigo, una mujer suave y cimbreada, por la que cualquier hombre perdería la brújula, si ella se lo propusiera...

—Dime...

—¿Qué, Doris?

Se volvió para enfrentarme.

—¿Serías capaz de amar así otra vez?

—No lo sé. Quizá si la mujer fuera como tú...

De pronto, se relajó y toda su entereza quedó tan lejos, que el cambio se percibió incluso en el tono de su voz cuando susurró:

—Estamos hablando como dos tontos. ¿Cuándo piensas irte?

—Hoy mismo.

—¿Esta noche?

—Sí.

—Entiendo.

Recogió el bolso.

—Quizá quieras reanudar esta conversación a mi regreso, Doris.

Titubeó.

—Si es que regresas...

—Volveré —aseguré con calma—. Para entonces quizá haya encontrado respuesta a tu pregunta.

Me detuve junto a ella, esperando que me precediera hacia la puerta. Se quedó inmóvil, soportando mi escrutinio, cada vez más tensa, acusando el palpar de su precipitada respiración.

De pronto, dejó caer el bolso y susurró:

—Bart...

Vino a mis brazos como en trance. O quizá fui yo a los suyos, porque en esos momentos no se piensa ni se analiza. Sólo se vive.

Y se besa.

## CAPÍTULO VI

Caía otra ve la llovizna cálida que lo empapaba todo. Repicaba sobre la cubierta de madera del junco, ahogando el leve chapoteo del mar, tan liso como un cristal.

La oscuridad más absoluta nos envolvía. Duleep Sing, junto a mí en cubierta, gruñó:

—Me gustaría mucho saber qué es lo que te propones, amo.

—Un viajecito a China.

—¿Sin cargamento?

—Vamos a buscarlo precisamente.

Refunfuñó por lo bajo.

—¿Fugitivos, amo? —indagó, al fin.

—Nada de eso. Precisamente todo lo contrario.

—No comprendo nada...

—Nadie espera que lo comprendas. ¿Dónde está Kuo?

—Abajó, en el motor.

—Bien, vamos a zarpar de una maldita vez. Nada de luces, y el motor sólo a media marcha. No quiero ruidos innecesarios.

—Es muy peligroso llevar a esos tres malditos ingleses a bordo.

—¿Cómo están?

—Amarrados —anunció con evidente satisfacción.

—Me refiero a su estado.

—Bueno... bastante mal. Cada vez que me ven aparecer, se vuelven locos.

—Sigue vigilándolos. En ese aspecto, nada ha cambiado.

—¿Sabes que la policía ha desatado una batida por toda la colonia? Cuando yo he venido a bordo, estaban iniciando una inspección en Aberdeen, por si los desaparecidos estaban allí, secuestrados.

—Déjalos que sigan buscando. Y avisa a Kuo que zarpamos.

—¿La ruta de costumbre?

—No... esta vez enfilaremos hacia la bahía de Leung-Tan.

Hizo una mueca, evidentemente disgustado. Pero no discutió más, y desapareció por la escotilla.

Minutos después, el junco se estremeció, iniciando la singladura que podía llevarnos de cabeza al infierno.

El sordo latido del motor apenas se oía. No obstante, poco más tarde navegábamos en mar abierto, bajo la lluvia racheada y el viento que se levantaba ya, alborotando el mar de mala manera.

—Es un mal presagio, amo —vaticinó Duleep Sing, sujetándose donde pudo, al entrar en la timonera.

—Déjate de supersticiones. Mientras el junco resista, ese viento no hará más que zarandearnos.

—Eso no es ningún consuelo para mí.

—Entonces, cállate.

—Está bien, amo —refunfuñó. Pero en cuanto aballarse lo dejó para mejor ocasión y añadió—: Nos exponemos a tropezar con las cañoneras chinas, por estas aguas... Si nos detienen y registran...

—Pensaremos en eso, cuando suceda. De momento, dile a Kuo que de toda la potencia al motor. Hemos de llegar a la bahía antes del amanecer, o nos verán entrar.

—Nos descubrirán de todas maneras —gruñó.

—¿Cómo? La bahía de Leung-Tan tiene más de quince millas, y habrá en ella unos setecientos juncos pescando, esparcidos hasta alta mar. Si nos mezclamos entre ellos de noche, nadie nos prestará mayor atención.

—Está bien, amo.

Se fue. El viento siguió zarandeándonos durante tres horas más, y luego se calmó. A las cuatro y media de la madrugada varié el rumbo y enfilamos la bahía, con todas las luces apagadas y el motor a poca potencia.

—¡Duleep Sing!

Acudió a saltos, disgustado por aquella aventura de la que lo ignoraba todo.

—¡Despliega la vela y enciende el farol de popa! Ahora ya no necesitamos ocultarnos.

Brillaban centenares de luces de situación en otros tantos juncos. Nos deslizamos entre ellos a impulsos de la vela, hasta echar el ancla a un cuarto de milla de la costa.

Bajé a la cámara donde permanecían los tres prisioneros. Tenían los rostros amarillentos, hirsutos, y los ojos febriles, rodeados de profundos círculos amoratados.

Estaban semiinconscientes. Únicamente Carfon, el director del Banco de Inglaterra, levantó la cabeza y me miró con todo el terror del mundo en sus pupilas.

—Crane —jadeó.

—¿Qué pasa?

—No puede seguir adelante con esta locura... mátenos, si quiere... es preferible morir de un balazo que...

—Eso debieron pensarlo ustedes cuando capturaron a Lorna, hace un año.

Me aseguré que las ligaduras seguían firmes. Luego, cambié mis ropas por un áspero vestido de *coolie* y volví a cubierta.

Kuo estaba también allí, mirando la multitud de luces que nos cercaban. Era un hombre de estatura mediana, delgado y fuerte. Su pasado era un misterio, incluso para mí. Todo lo que sabía seguro de él era que odiaba cordialmente a los ingleses en primer lugar y a Mao y sus huestes casi con la misma intensidad. Apenas pronunciaba una palabra, pero en situaciones apuradas había demostrado que podía confiarse en él de modo absoluto.

—¿Cuánto tiempo vamos a permanecer aquí, amo? —indagó.

—Tal vez dos días. No lo sé. Voy a ir a tierra.

—Bueno.

Desapareció en la oscuridad, impertérrito. Duleep Sing surgió poco después.

—¿He de acompañarte? —quiso saber.

—No. Te quedarás a bordo para seguir con el tratamiento de nuestros tres huéspedes. Por otra parte, si cualquier otro junco se aproxima, diles que tienes a tu compañero enfermo. Anuncia cualquier enfermedad contagiosa, y se largarán a otra parte.

—Muy bien. ¿Hasta cuándo hemos de esperarte?

Lo pensé detenidamente. También me dije que a mi regreso no sería capaz de distinguir mi junco de los otros centenares que pululaban por todas partes.

—Dos días deben ser suficientes —decidí—. Pero estarás aquí tres. Si para entonces no he regresado, lárgate a toda máquina hacia las proximidades de Hong Kong. Más, no entres en el puerto hasta

que hayas terminado con esos tres bastardos de abajo. Entonces, podrás soltarlos y que se apañen.

Asintió con un gesto. Era la primera vez que emprendíamos una aventura semejante, y él se quedaba atrás.

Sujeté la funda estanca con una pistola en el cinto, de modo que quedaba perfectamente oculta por las ropas. El indio se desprendió del afilado *cris* malayo y me lo tendió.

—Puede serte útil, amo —dijo—. Y aquí no voy a necesitarlo.

Lo tomé, introduciéndolo bajo el cinturón. Hecho esto, me dejé deslizar por una cuerda, sumergiéndome en silencio. El agua estaba tibia, y nadé sin dificultad hasta la costa.

Me tendí en las rocas para descansar. Comenzaba a asomar la naciente luz del amanecer, delineando los contornos y revelando las oscuras formas de los sampanes que se balanceaban en la extensa bahía.

Abrí la funda impermeable. Junto a la pistola llevaba un mapa, y lo saqué. Había poca claridad todavía para consultarlo, de modo que eché a andar, alejándome de la costa. Una hora más tarde, me detuve sin haber encontrado a nadie, y consulté el mapa.

Cheng Sí quedaba más al norte, a unas diez millas de distancia. Y en la aldea tenía su cuartel general aquel demonio amarillo que se llamaba Liu-Chian.

Reanudé la caminata, ascendiendo una pelada colina. Mas allá había otra de suave ondulación, pero cubierta de espesa vegetación.

Quando coroné ésa última apareció el pueblo, apelotonado abajo, envuelto en bruma, extendiéndose por la planicie. Era mucho mayor de lo que había imaginado, y en él destacaban algunos edificios de gran tamaño.

Una ancha carretera lo cruzaba y se perdía a lo lejos. Mientras permanecía contemplándolo desde el escondite que me ofrecían los árboles achaparrados, una caravana de cinco camiones apareció de pronto, aproximándose cada vez más al pueblo, procedentes de tierra adentro.

A la distancia que me encontraba pude ver el hormiguero de uniformes que pululaban por todas partes. Aquélla era la base desde la que operaba el cerebro maestro que organizaba las mortíferas expediciones de drogas hacia el mundo occidental, ganando así la primera batalla de una guerra sórdida que se incubaba lentamente.

No tenía oportunidad alguna durante el día, de modo que me tendí a la sombra de los árboles, perfectamente oculto, y pronto estuve dormido.

Desperté horas más tarde, cuando el sol declinaba ya. Los camiones continuaban en el pueblo, alineados junto a las últimas casas. Un coche negro y grande, cerrado, se distinguía más allá, delante de un gran edificio pintado de blanco.

Inicié el descenso tan pronto las primeras sombras de la noche se extendieron por el valle. Cuando llegué a las afueras de Cheng Sí, sólo quedaban en las calles las patrullas de vigilancia armada. El amigo Liu-Chian no se fiaba de nada ni de nadie.

Advertí también que la mayoría de casas estaban oscuras y silenciosas. Y en las que había luz sólo entraban tipos con uniforme. Comprendí que habían evacuado al pueblo. Era una vieja táctica de los seguidores de Mao, trasladar a la población en masa cuando necesitaban un punto estratégico. Y aquél lo era en grado superlativo, puesto que por él se canalizaba el más gigantesco tráfico de narcóticos de toda la historia.

Me deslicé como una sombra, reconociendo el terreno. Treinta minutos más tarde, tenía ante la vista la fachada del gran edificio ante el cual había un coche negro esperando. También había algo más: dos centinelas armados ante el portalón, y una luz brillante despejando las sombras en toda la plaza. Volví atrás, preguntándome cómo averiguaría el lugar exacto en que estaba Liu-Chian y su huésped inglés. No disponía de tiempo ni tendría otra oportunidad en caso de que fracasase en mi primer intento, de modo que era imprescindible moverme sobre seguro.

Entonces vi venir un oficial, y retrocedí rápidamente por el oscuro callejón de casas silenciosas. El oficial debía ocupar una de ellas, puesto que entró resueltamente en la oscuridad.

Le dejé que rebasara mi escondrijo, y entonces salté sobre él con el ímpetu de un tigre.

Con la mano izquierda le cerré la boca, mientras con la derecha le deslizaba el *cris* ante los ojos. Utilizando el idioma cantonés, le advertí:

—¡No te muevas, hijo de los demonios, nieto de puercos!

Trató de forcejear espasmódicamente. La serpenteante hoja de afilado acero abrió un leve surco en su garganta, y la sangre se

deslizó por su piel. Quedó inmóvil de golpe.

—Inténtalo otra vez, y te mueres. ¿Entiendes?

—Sí —suspiró.

Retrocedí, obligándole a hacerlo a su vez, sin apartarle el *cris* de la garganta. Con la espalda empujé la puerta de la choza más cercana, y los dos penetramos en el negro interior.

—Ahora vas a portarte bien o te degüello.

—Sí...

—¿Cuál es la residencia de Liu-Chian?

—El palacio blanco.

—¿El que hay coche ante la entrada y dos centinelas?

—Sí...

—¿Está él allí esta noche?

—Vive allí.

—¿Y el inglés, dónde está?

Noté cómo se estremecía.

—¿Qué inglés?

—No quieras comprobar la manera cómo te reciben en el infierno, pariente de un perro sarnoso. Sé que hay un inglés con Liu-Chian. ¿Dónde está?

Tras un corto titubeo, suspire.

—Se aloja en la casa que hay frente al palacio. Liu-Chian le ha instalado allí, y lo tiene vigilado.

—¿Cuántos centinelas?

—Dos.

—¿Y dentro del palacio?

—Muchos.

—¿Cuántos?

—Veinte o más...

—¿Hay alguno dentro de la casa donde está el inglés?

—Allí no... Sólo los de la calle...

—¿Cuántas entradas tiene la casa?

—Sólo una. Vigilada. Suéltame y...

Le rocé otra vez con la serpenteante hoja del *cris*.

—Cuidado, no hemos terminado todavía. ¿Qué transportan los camiones que han llegado hoy?

—Provisiones para la guarnición...

—¿Qué más?

—Nada... no sé...

Retiré el acero de su garganta, pero le apliqué la punta en mitad de la espalda, presionando hasta que cortó las ropas del uniforme.

—Mientes muy mal, camarada.

Se estremeció, al sentir la aguda caricia en la espina dorsal.

—Opio —susurró.

—¿Para Hong Kong?

—No lo trasladarán hasta que sea empaquetado.

—Entiendo. ¿Dónde lo preparan?

—En el sótano del palacio blanco. Es el almacén.

—¿Hay más allí, aparte del que ha llegado hoy?

—Sí...

—¿Cuánto?

—No sé... no llevo las cuentas. Mucho.

—Creo que ya sé cuánto me interesa...

Le solté, aunque sin dejar de presionarle con el acero. El jadeó, al verse libre. Noté cómo todos sus nervios se ponían tensos. Casi pude adivinar sus pensamientos.

—Quiero llegar hasta el inglés, camarada. ¿Cómo puede hacerse sin armar un alboroto?

—Hay centinelas...

De pronto, dio un salto hacia la puerta, la abrió y su figura se recortó un instante contra la oscuridad menos densa del exterior. Arrojé el *cris* sin titubear. Sonó un golpe sordo, un gemido, y el oficial se derrumbó de bruces, arañando el suelo en su agonía.

Lo arrastré al interior. Exhaló una queja y murió. Duleep Sing había tenido razón. Era un arma excelente el endiablado cuchillo malayo, a pesar de su hoja en forma de serpiente.

Cuando salí a la calle, había un enemigo menos en el bando contrario.

## CAPÍTULO VII

Sólo había un centinela ante la puerta. O el oficial había mentido, o el otro estaba dentro de la casa.

Al otro lado de la plazoleta, la fachada blanca de la residencia del demonio rojo reflejaba la luz del foco, y en la calle, a la derecha, se distinguía la trasera del último camión.

Agazapado en la esquina, más o menos protegido por las sombras, aguardé a que apareciera el segundo guardián. Fue una espera inútil.

El centinela estaba demasiado lejos para que pudiera acercarme sin que me descubriera. Una vez más, eché mano del *cris*, sujetándolo por la punta. Me levanté poco a poco, salí de mi escondite y lancé el cuchillo con todas mis fuerzas, aplastándome contra el muro inmediatamente después.

El vigilante emitió un sordo grito, y dio un traspié. Cayó de rodillas, luchando todavía para descolgar el fusil ametrallador que llevaba al hombro.

Justo cuando lo conseguía, llegué a su lado silenciosamente. Le descargué un mazazo y quedó inerte.

Abrí la puerta y le arrastré, quitándolo de la vista.

Disponía de escasos minutos, por cuanto tan pronto descubrieran que el centinela faltaba, darían la alarma y las cosas empezarían a ponerse difíciles para mí.

Recuperé el *cris*, y sólo entonces me ocupé de lo que pudiera encontrar allí dentro.

Los únicos rumores procedían de una estancia interior. Tomé el pesado ametrallador de fabricación rusa, corrí el seguro y avancé como un gato.

La puerta ajustaba mal, y una luz amarillenta se deslizaba fuera de la rendija. La empujé y entré de un salto.

Randy Helm estaba allí. Era el mismo tipo que yo había

contemplado en fotografía, y me miraba con los ojos desorbitados de estupor.

—Trate de dar la alarma, y le partiré por la mitad, Helm —le advertí ominosamente.

—¿De dónde sale usted, hombre? Porque, a pesar de sus ropas, es usted inglés...

—Americano, pero no importa.

—¿Y ha venido aquí en mi busca?

—Ni más ni menos. Usted y yo vamos a efectuar Un viajecito, Helm.

—¿Para quién trabaja?

Parecía tranquilo. Tal vez confiaba en el batallón de gorilas que custodiaban día y noche a Liu-Chian...

—¿Importa eso? Preocúpese de seguir respirando. Ande hacia la puerta y nada de ruido.

—¿De veras espera salir entero de esta aventura?

—Las he visto mucho peores. Andando.

Se encogió de hombros y, antes de moverse, todavía dijo:

—No sé si es usted un loco o un insensato. Hay cien hombres en el pueblo, todos armados y adiestrados.

—Yo también estoy adiestrado, y en la más despiadada escuela que existe...

Le señalé la puerta con el cañón del ametrallador. Comenzó a desplazarse con parsimonia, poco dispuesto a colaborar. Yo ya había contado con eso, así que le descargué un golpe con el cañón del arma, y trastabilló, a punto de caer.

Me miró por encima del hombro, con todo el odio del mundo burbujeando en aquellas pupilas semejantes a brillantes rendijas.

—Colabore, Helm, si quiere seguir viviendo —le advertí.

—Cuando le echen el guante, Inglaterra se verá en muchos aprietos por su causa, porque usted trabaja para el Gobierno, claro...

—Mi Gobierno es mi cuenta corriente, de manera que, hasta cierto punto, usted tiene razón; trabajo para el Gobierno. Vamos, alguien tiene grandes deseos de hablar con usted.

—Puedo comprenderlo.

Pasó la puerta interior con el cañón a pocas pulgadas de su espalda.

A pesar de todo, no me fié. En alguna parte debía andar un centinela que no tardaría en descubrir que su compañero había desaparecido de su puesto de vigilancia.

—Saldremos del pueblo por donde le indiqué —dije en voz baja—. Y si tiene ganas de morir, sólo muévase fuera de las instrucciones que le dé, y lo conseguirá.

Tropezó con el centinela muerto, y dejó escapar un gruñido de alarma. Oí los pasos de una patrulla que se aproximaba. Era el imponderable con el que debía haber contado.

—¿Y ahora qué? —exclamó triunfalmente.

—Ahora, intente dar la alarma y es hombre muerto.

—Pero verán que el centinela no está en su puesto. Darán la alarma, sin necesidad de que yo diga una palabra. Después, entrarán para investigar aquí dentro.

—Para entonces, usted estará convertido en una criba, camarada. Así que manténgase tranquilo.

Los pasos se detuvieron bruscamente fuera. Oí voces secas, exclamaciones, y tras eso, una mano probó la puerta, que giró sobre sus goznes con un leve chirrido.

Un oficial y varios guardias aparecieron en la abertura. No podían verlos en aquella oscuridad, pero debían disponer de lámparas eléctricas.

Si era así, nunca lo supe. Moviéndose como un rayo, Helm se zambulló en la oscuridad, gritando una advertencia en idioma chino.

El oficial entró de un salto. Seguí el ruido de Helm con el cañón del ametrallador dispuesto a acribillarlo sin más, y al diablo el legajo secreto.

Había gritos estridentes de la patrulla mientras se agolpaban en la puerta para entrar, siguiendo a su jefe.

Estaba perdido, y lo sabía. Tras los primeros instantes, Helm había dejado de moverse, de modo que no podía disparar contra él, por cuanto no tenía la menor idea de su posición. No pude captar ni su respiración. Claro que los chinos armaban bastante alboroto.

De modo que, perdido por perdido...

Tiré del gatillo del ametrallador. El retumbante estruendo se elevó junto con los aullidos de las balas, al rebotar en la pared. Los hombres que se agolpaban en la puerta saltaron igual que muñecos,

barridos por la andanada. El oficial encajó un alud de plomo, y pegó de cara contra el quicio de la puerta, desplomándose sobre el confuso montón de hombres que se apelotonaban, casi obstruyendo la salida.

Desde fuera, alguien disparó a su vez. El enjambre de proyectiles zumbó furiosamente. Retrocedí poco a poco, apuntando sin cesar hacia el portal abierto.

Fuera, se oían carreras, voces de marido y gritos llamando a toda la guarnición. Estaba cogido en una ratonera, y lo sabía. Sólo quedaba una cosa por hacer...

Entonces, de alguna parte, el techo se desplomó sobre mi nuca con ímpetu suficiente para desprenderme la cabeza del cuerpo. No logró arrancármela de cuajo, no obstante poco le faltó.

Caí en un pozo muy hondo... insondable como la muerte. Ya no tuve tiempo de arrepentirme por haber menospreciado al amigo Helm... quien, silencioso como una serpiente, acababa de vencerme.

Liu-Chian era un hombre de baja estatura, rechoncho, fofa de grasa y de piel apergaminada. En su rostro mofletudo estaban impresos los estigmas de la degradación, mientras sus ojos delataban una crueldad infinita, aguzada hasta el sadismo a lo largo de años de satisfacerla a base de víctimas indefensas.

Yo había visto algún retrato suyo, de modo que, cuando capté su imagen entre una bruma, me estremecí. Todo daba vueltas, y la cabeza me dolía de manera insoportable.

Volver a la vida fue un proceso lento y doloroso que, por lo visto, fue del agrado del chino y de sus tíos ayudantes, que se mantenían rígidos tras él.

Me senté en el suelo donde estaba tendido, y parpadeó bajo la luz.

No pude ver ni rastro de Randy Helm.

—¿Puede entenderme? —preguntó en un inglés infame.

—Le entenderé mejor en chino que en esa jerga —dije, de mal talante, hablando en cantonés—. ¿Dónde está el amigo Helm?

—En la casa, custodiado.

—Ya veo... todavía no «goza» de su confianza...

—No confío ni en mí mismo. Levántese, americano. Ahí tiene una silla.

Me arrastré hasta el desvencijado mueble, y me dejé caer en él.

Liu-Chian se plantó ante mí. Su mirada relucía como la de un demente.

—Quiero saber, extranjero —me espetó—. Y saberlo todo... ahora.

—No obtendrá de mí ni la hora.

Suspiró, sin alterarse.

—Ya contaba con su resistencia, sólo que inyectarle *escopolamina* y esperar la reacción lleva mucho tiempo. ¿Quién le mandó venir aquí?

Sacudí la cabeza de un lado a otro. El se encogió de hombros.

—He radiado órdenes a Hong Kong; a estas horas, la mayoría de partidarios de Mao en la colonia intentan averiguar quién se puso en contacto con usted últimamente. No tardaré en tener la respuesta también a esa pregunta, pero preferiría que fuera usted quién se prestase a colaborar.

—Váyase al infierno.

—Ésta no es la actitud más sensata por su parte. Me obligará a perder un tiempo precioso, y no dispongo del suficiente.

Las fuerzas volvían a mí dificultosamente, pero no iban a servirme de mucho. Tenía al hombre que más odiaba en el mundo, estaba ante mí, al alcance de la mano, y era como si siguiera estando a mil millas de distancia.

—El traidor inglés dice que vino usted en su busca —dijo con su hablar lento—. Puede ser cierto, pero lo dudo. Más bien creo que su meta son las drogas. ¿Es así?

Le miré a la cara, sin parpadear.

—Mi meta era usted, hijo de perra —le espeté, rechinando los dientes—. Fui lo bastante estúpido para interponer mi sentido del deber a mis impulsos, y eso fue un error.

—Fue algo más que un error, porque ya no tendrá oportunidad de rectificar. ¿Cuál es su nombre? Y no me mienta porque con la droga de la verdad lo averiguaré más tarde.

—Entonces, espere a averiguarlo.

Tan pronto supiera mi nombre me mataría, porque había oído hablar de mi infinidad de veces. Y Lorna debía haberle amenazado con mi nombre, cuando estuvo en su poder...

Inesperadamente, volteó la mano y me cruzó la cara. Fue un

buen revés. No todo en aquel cuerpo rechoncho era grasa, después de todo.

—Mi paciencia tiene un límite, perro. Tu nacionalidad, según dice Helm, es americana. Si fueras inglés, no me ocuparía mucho, porque podría creer que buscabas a tu traidor compatriota. Tu Gobierno no perseguiría las drogas. Pero el americano, sí, porque la mayor parte de nuestros cargamentos van destinados a tu país. Eso hace que seas doblemente peligroso.

—¿Sí?

—Sería curioso que el Gobierno americano luchara contra el inglés en este asunto...

Rió sin alegría, una mueca fría y repelente.

—Hemos desperdiciado bastante tiempo. ¿Tu nombre?

Me encogí de hombros. Hizo una seña, y los dos silenciosos espectadores se aproximaron. El se despojó de la guerrera. Cuando se volvió, me sujetaron firmemente y Liu-Chian vino hacia mí y empezó a golpearme.

No fue una sucesión de golpes brutales y desordenados, el estallido de alguien furioso, que descarga su ira sobre el enemigo prisionero. Nada de eso. El era un profesional, y un sádico, además. Cada golpe llegaba a un lugar determinado, medido, científico, con la potencia justa para lacerar con el mayor dolor posible y causar los destrozos calculados.

Pronto la ancha frente del chino estuvo cubierta de sudor. Sus ojos eran dos simas de odio, pero se dominaba bien el maldito mientras me destruía poco a poco, convirtiéndome en una masa de lacerante dolor.

Tardó en cansarse. Jadeando, se balanceó sobre sus pies, erguido frente a mí, que apenas podía verlo.

—¿Y bien, americano... quieres responder?

Escupí al suelo, y acerté en la punta de su reluciente bota. Dio un salto atrás, rugiendo de furor. Se lanzó sobre mí, y ya no midió sus golpes. Sus puños se convirtieron en mazas desordenadas, que pegaban y machacaban sin orden de ninguna clase, sólo impulsados por la crueldad y el furor de un hombre al que, hasta ese día, nadie se había resistido en toda China.

Los gorilas que me sujetaban también eran buenos profesionales. No hubiera podido mover un músculo, aunque me hubiesen

quedado fuerzas suficientes con que intentarlo.

Sólo que ya no había en mi cuerpo energía ni para mover las pestañas. Cuando me hundí en la oscuridad de la nada, el dolor se esfumó y todo eso salí ganando. Entonces debieron soltarme, porque cuando, una vez más, recobré el conocimiento, estaba tendido en el suelo, con la mejilla apoyada sobre una rugosa alfombra.

Observé que había sangre alrededor de mi cara. No me habría extrañado que hubiera mucha más bañando mi cuerpo, si tenía en cuenta el dolor endiablado que se despertó, y de pronto, impulsándome a gritar como un loco.

Pude mantener la boca cerrada y mirar a mi alrededor con precaución. Cada movimiento era una puñalada que me atravesaba de parte a parte...

Sólo quedaba uno de los dos chinos silenciosos. El otro y Liu-Chian habían desaparecido. También descubrí que era de día, al ver la luz en la ventana, aunque no podía saber cuánto tiempo había permanecido inconsciente.

Seguí quieto unos minutos más, bajo la mirada glacial e indiferente del chino que me vigilaba. Después, hice acopio de fuerzas y, apoyándome en las manos, conseguí sentarme con dificultad.

Mi cabeza amenazó con caerme fuera de los hombros. Era un dolor insoportable, que producía náuseas. Sentía la piel y los músculos rígidos como pergamino. En la boca, el sabor de la sangre era otra desagradable sensación nauseabunda.

—¿Dónde está tu amo, camarada? —articulé.

No replicó. Quizá ni siquiera me entendió porque encontré dificultades para hablar. Tenía los labios hinchados y tumefactos.

Pasó el tiempo lentamente, tan despacio como solo puede pasar en China, donde parece detenerse en los vientos del pasado. No me facilitaron ni comida ni agua, a pesar de que una sed abrasadora me torturaba.

Volvía a oscurecer en la ventana cuando se abrió la puerta y entraron Liu-Chian y el otro gorila.

—Creo que voy a proporcionarle una grata sorpresa, americano —anunció triunfalmente—. No debió ocultarme su nombre... un hombre tan famoso en Oriente, que es casi una leyenda...

—No quisiera interrumpir su agradable discurso, camarada, pero me gustaría beber un poco de agua.

—El agua es escasa aquí —dijo con voz calmosa—, no podemos desperdiciarla para saciar a los perros. Porque usted es un perro rabioso, ¿no es cierto, señor Crane?

Bueno, él tenía los triunfos en su poder, de modo que callé. Tarde o temprano cometería un error, y entonces le mataría... si las fuerzas me ayudaban.

—Volviendo a la agradable sorpresa...

Algo en su tono triunfal me obligó a levantar la cabeza. La puerta había quedado abierta, y por ella entraron dos chinos vestidos de *coolie*... sujetando brutalmente a Doris, que se debatía furiosamente.

De un empujón, la arrojaron en mitad del aposento. Liu-Chian les despidió con un ademán, y se volvió hacia ella, que había quedado acurrucada sobre la alfombra, mirándome con expresión horrorizada.

—No cabe duda de que se conocen ustedes dos —dijo el chino—. ¿No le parece que es tan hermosa como una estrella, señor Crane? Será una pena destruir tanta belleza...

Levanté la cabeza vivamente. Entonces, ella susurró:

—¡Dios santo, Bart! ¿Qué te han hecho?

—Sólo han practicado un poco su deporte favorito, no debes inquietarte por ello. ¿Cómo te han capturado?

—Del modo más estúpido, pero eso no importa ahora...

Se arrastró hacia mí, ante la mirada divertida del chino. Sacó un fino pañuelito de los pliegues de su vestido y trató de limpiarme la sangre del rostro. La sangre se había secado, y me dolió como un infierno.

Liu-Chian volvió a la carga, satisfecho de sí mismo.

—Entiendo que vino usted para vengar a una dama, señor Crane —prosiguió, implacable—. Quiso hacer demasiadas cosas a la vez. La venganza es mala compañera del deber... Debió olvidar a Helm y vengarse, u ocuparse exclusivamente de nuestro traidor amigo..., ahora, morirá sin haber logrado ninguno de los dos objetivos. Pero antes quizá le interese saber lo que pienso hacer con esa encantadora dama británica...

—Todo lo que me interesa saber es la manera cómo le mataré,

porque le aseguro que tardará tanto en morir, que se volverá loco.

Soltó una de sus espeluznantes carcajadas. De todos modos, ya debía estar un poco loco.

Entonces dijo, refocilándose ante la perspectiva:

—Le sucederá exactamente lo mismo que a su vieja amiga.

Todo el furor del infierno ardió dentro de mí. Doris, haciendo gala de una entereza envidiable, se levantó poco a poco, desafiante, y clavó sus luminosos ojos en el rechoncho engendro.

Y casi sin revelar sus intenciones, le abofeteó. Fueron dos golpes soberbios, que restallaron en el silencio como latigazos, y estallaron sobre las grasientas mejillas del chino, echándolo hacia atrás de manera ignominiosa.

Paralizado de estupor, Liu-Chian se quedó mirándola como si no pudiera creer que aquello hubiera sucedido. Lancé una llamada a todas mis fuerzas para tratar de evitar su represalia, pero estaba tan inútil como un pedazo de madera.

Entonces, el apestoso engendro se echó a reír y exclamó:

—¡Llena de energías... valiente y deseable! Eso la hace más interesante todavía. La otra nunca se atrevió a rebelarse... por eso me aburrió pronto.

Doris me miró. Había luz en sus ojos llenos de vida.

—No te tortures, Bart —susurró—. Te aseguro que no logrará nada de mí.

—Tú no sabes la clase de puerco que es nuestro grasoso amigo...

—Pero sé la clase de mujer que soy yo.

Sacudí la cabeza, desesperado ante mi impotencia. Pero hubiera sido igual si me tuvieran atado de pies y manos. El maldito chino había hecho un buen trabajo.

—¿Por qué la has traído aquí? —le espeté para distraerlo de su sucia idea—. Ella es inglesa... pertenece a un organismo oficial británico.

—Eso no me preocupa. El Gobierno inglés no protestará... no le conviene. Hemos apaleado a sus diplomáticos en Pekín, los han zarandeado y dejado casi desnudos en plena calle. Y de lo único que se han preocupado oficialmente ha sido de asegurar que esos «incidentes» no deben entorpecer las buenas relaciones diplomáticas entre los dos países. ¿Cree que ahora será diferente acaso?

Odí al Gobierno inglés sólo por eso, por infundir esa seguridad

en aquel monstruo, por aceptar la ignominia de un pacto no escrito, que concedía absoluta impunidad a los mayores escarnios y al más criminal tráfico de todos los tiempos...

—Ahora ya no necesitamos la *escopolamina*, señor Grane... Usted ha dejado de ser interesante —volvió la cabeza hacia la ventana. Había anochecido—. Al amanecer, morirá. Ahorcado, naturalmente.

Pensé que hasta el amanecer faltaba mucho tiempo todavía. Me habían sentenciado a muerte muchas veces, en diferentes rincones del globo, para que me preocupara anticipadamente.

Era Doris quien me inquietaba.

—¡Sacadlo de aquí! —ordenó a sus esbirros—. A rastras, si no puede andar.

Yo habría podido andar con un esfuerzo. Pero dejé que me levantaran y me llevaran en volandas entre los dos gorilas. Hasta que se cerró la puerta detrás de mí, sentí la penetrante mirada de Doris siguiéndome con impotente desespero.

Bajamos un tramo de escaleras, recorrimos un pasillo y una galería. Debajo de la galería colgada había una nave inmensa, equipada con largas mesas de madera, en las que trabajaban quince o veinte mujeres depauperadas, verdaderos cadáveres vivientes.

Su trabajo consistía en manipular las bolsas en que empaquetaban el opio prensado. Y lo había en tal cantidad, que daba escalofríos...

Ninguna levantó la mirada, a pesar de escuchar perfectamente los pasos de los gorilas y el arrastrar de mis pies.

Más allá de la galería había un corto pasillo, y en éste, cuatro puertas de hierro. Abrieron una, y me arrojaron dentro como un fardo.

Las paredes eran de piedra, y no había ni masa, ni camastro ni sillas. Era una pequeña celda, desnuda por completo.

Me tumbé en el duro suelo, y cerré los ojos. Cuando aquella puerta volviera a abrirse sería para morir... o para vivir.

Todo dependería de mis fuerzas.

## CAPÍTULO VIII

Me despertó el rumor de voces y de pasos. Me levanté, comprobando que mi cuerpo despertaba, al fin, aunque me dolía como un millón de diablos.

Las voces procedían del sótano que había visto al bajar. Una actividad febril se había desencadenado allí, seguramente para trasladar la ingente cantidad de estupefacientes almacenada.

Pensé en Doris, y un escalofrío me sacudió de arriba abajo.

Sólo imaginarlo, y todas las libras de mi ser se rebelaron.

Luego pensé que estaba condenado a muerte y que, tan pronto amaneciera, se cumpliría la sentencia, y eso me obligó a recapacitar apresuradamente mis próximos pasos.

No me dejaron mucho tiempo para hacerlo. La llave chirrió en la cerradura y, al abrirse la puerta, me encontré ante los dos matones que me llevaron a la celda anteriormente.

—Salga.

Obedecí, y recorrimos el mismo camino a la inversa.

En el gran sótano apenas quedaba nadie. Tampoco había rastro de la mortal mercancía. Calculé que por lo menos habrían llenado uno de los grandes camiones.

Liu-Chian me recibió de mal talante. Estaba furioso, y había unos profundos arañazos en su mejilla que, por lo visto, habían sangrado más de la cuenta. Por lo visto, Doris le habría prodigado sus «caricias».

—Espero que nadie reclamará a causa de su muerte, señor Crane comentó con macabro sarcasmo.

—Todavía no me he muerto.

—No tardará más de quince minutos en ser ahorcado.

—Quizá fuera conveniente que me escuchase usted, Liu-Chian. Después, puede que sea demasiado tarde.

—Lo será para usted...

—Su gigantesco comercio con sus socios ingleses de Hong Kong. Ése es el tema.

—Mis envíos a Hong Kong están asegurados, incluso a despecho de cuanto pueda usted decir.

—Mientras los hombres que se mantienen allí para manejarlos estén en sus puestos... cosa que debería usted comprobar, antes de efectuar ese colosal envío que ha preparado.

Arrugó el ceño, incrédulo todavía.

—¿Qué sabe usted de esos hombres, Crane?

—Sé que se trata de *sir* Mackintosh, Guy Carfon y Josua Marsten.

—¿Y bien...?

—Los tres han desaparecido de Hong Kong, de manera que mal pueden garantizar su gran envío de veneno.

—¿De veras piensa que con esa treta salvará la vida, Crane?

—No es ninguna treta. Comuniqué con sus espías en la colonia, y le dirán que la policía anda loca buscando a los tres «honorables» servidores de la corona...

—Si friera cierto, que lo habrían comunicado.

—¿Por qué? ¿Saben sus espías que esos tres hombres son los peones del gran juego?

Sacudió la cabeza. Empezaba a inquietarse.

—Si fuera cierto —refunfuñó—, el envío estaría en peligro...

—Compruébelo camarada.

Se enfrentó conmigo, achaparrado, ridículo, pero lleno de maldad.

—Supongamos que han desaparecido. ¿Por qué cree que eso cambia su situación ante la horca, Crane?

Hice un esfuerzo, y me reí en su cara.

—Porque yo soy el único que sabe su paradero actual, bola de grasa.

Se quedó mudo de estupor. Después, giró sobre los talones y ordenó, antes de salir:

—Vigíladlo.

Me quedé en compañía de los gorilas. Ambos llevaban grandes pistolas al cinto, dentro de fundas negras. Eran pesados y duros como la piedra, tardos de reflejos... pero eran dos, y con fortaleza que no podía ni soñar en vencer.

Me cargué de paciencia. Vi amanecer y levantarse el sol, dejando atrás la hora en que debiera haber sido colgado. Liu-Chian debía estar muy ocupado para entonces.

Hasta avanzada la mañana no volvió a aparecer. Su rostro estaba sombrío.

—Muy bien americano —gruñó—. ¿Dónde están?

—Más espacio, camarada. Ellos son de primordial importancia para tu negocio. También lo son para mí...

—¡Basta! —rugió—. ¿Dónde están?

Sacudí la cabeza de un lado a otro.

—Los tres a cambio de las vidas de Doris y mía.

Bufó, lleno de furor, seguramente calculando qué clase de tortura podría practicar conmigo para obligarme a claudicar. No debió llegar a una conclusión satisfactoria, porque apretó las mandíbulas y se paseó de un lado a otro como una fiera enjaulada.

Un par de minutos después, se detuvo en seco frente a mí.

—Inglaterra sustituirá a esos funcionarios, si no aparecen...

—Seguro. Pero tardará un par de meses en hacerlo, y durante todo ese tiempo, no podrá usted enviar ni un gramo de opio ni heroína. Será un fracaso por su parte, y Mao no tolera fracasos, cuando se trata de sus cuentas de divisas fuertes. Quizá su envidiable puesto no sea ya tan seguro, camarada Liu-Chian.

A pesar de la hiriente burla de mi voz, todo eso le dio mucho que pensar.

Y creo que fue el último razonamiento el que le decidió.

—Quizá acepte su trato —dijo—. Pero quiero garantías de que los entregará vivos. Porque ahora adivino la razón por lo cual los secuestró usted...

—No es difícil de suponer.

—¿Y va a renunciar a su venganza, liberándolos?

—Se trata de mi pellejo y del de Doris. La elección no es dudosa. Titubeó.

—¿Cómo piensa dejarlos en libertad, si es que están vivos aún?

—Naturalmente, los dejaré en Hong Kong.

—¿Cuándo?

—Bien, necesitaré unos días para trasladarme al lugar en que se encuentran. Digamos que de hoy en cinco días.

Asintió con un gesto.

—Está bien, me conviene aceptar, esta vez.

Oculté lo mejor que pude mi satisfacción. Apenas podía creer que hubiera sido tan fácil.

Pero entonces él añadió:

—Por descontado, quiero garantías, Crane... y la mujer es la mejor de todas las garantías que pudiera ofrecirme. Ella se quedará aquí hasta que usted haya cumplido su parte del trato.

Discutí furiosamente durante más de media hora. No hubo nada que hacer. Doris se quedaba o no había convenio alguno.

—Si estuviera usted en mi lugar —dijo, fastidiado—, haría exactamente lo mismo. No puedo fiarme del hombre que me odia tan salvajemente, que arriesgó la vida para llegar hasta mí.

—Está bien, aceptado —claudiqué, al fin—. Déjeme hablar con ella antes de irme... y ¡ay de usted!, si le causó algún daño.

Se encogió de hombros y dio una orden a uno de sus esbirros.

Poco después, Doris era introducida en la estancia. Llevaba las ropas arrugadas y había cansancio en su bello rostro. Lanzó una furibunda mirada al chino. Luego, corrió hacia mí y me abrazó desesperadamente.

La rodeé con mis brazos. Comprendí que ella pensaba que aquello era la despedida definitiva, antes de ajusticiarme. La besé suavemente en la boca con mis labios hinchados. Luego dije:

—Todo va bien, pequeña mía.

—¡Oh, Bart...!

—Hemos hecho un trato. Te quedarás aquí un par o tres de días. Nadie te molestará, ni ese sapo pestilente. Tras esto, vendrás conmigo.

Me miró como si me creyera loco.

—¿Un trato? —balbuceó—. ¿Te has vuelto loco?

—No. Escucha...

—Yo daré las explicaciones, Crane —me atajó el chino—. Dese prisa.

—Hay tiempo...

Doris se apretó contra mí, llena de inquietud. Hubiera querido decirle todo lo que se agolpaba en mi mente, pero eso era algo para revelarle a solas, y entonces teníamos un auditorioapestoso.

—Ten confianza, pequeña.

—Sé que volverás, sea cual sea el trato que has hecho.

—Puedes estar segura de que regresaré. En cuanto a mis tratos, es mejor que los pongas siempre en cuarentena, querida...

Hablé en voz baja, y luego la besé otra vez para ahogar cualquier exclamación que pudiera dejar escapar... y porque deseaba besarla también, qué demonios.

Liu-Chian resopló, impaciente.

Me volví hacia él.

—Necesito que me lleven cerca de la frontera. No voy a cruzar por los puestos de control, sino por el monte. ¿Puedo disponer de un coche y un chófer para devolver el vehículo?

Ni siquiera vaciló:

—Tome el coche que hay abajo, en la plaza... Tú le acompañarás Tay Wo.

Uno de los gorilas asintió con un gesto, y salió de la estancia.

Se llevaron a Doris otra vez. Liu-Chian dijo con voz silbante:

—Quiero que comprenda que si es un engaño, su hermosa amiga va a sufrir de tal modo que, sólo de pensarlo, usted se volvería loco.

—Lo sé.

—Entonces, váyase. Ya hemos perdido demasiado tiempo.

Salí tras el otro gorila. Abajo, ante la puerta, Tay Wo había maniobrado el coche y me esperaba con el motor en marcha. Me senté en el asiento posterior y dije:

—En marcha, camarada. Como si fuésemos a cruzar la frontera. Yo te indicaré dónde debes desviarte.

Asintió con un cabezazo. El auto se puso en marcha en medio de una nube de polvo, y pronto dejamos atrás el pueblo maldito.

Y a Dora.

Y mi venganza.

El gorila llevaba la pistola al cinto, y, hombre precavido, se había provisto de un fusil ametrallador, que reposaba en el asiento, a su lado. No supe si para prevenirse de mí o de un ataque de los revoltosos anti Mao que pululaban por China, o de los guerrilleros que diezmaban a las tropas aisladas en el inmenso territorio.

El coche daba tumbos por el desigual camino, avanzando despacio porque apretar demasiado la velocidad equivaldría a quedarse sin suspensión. No obstante, dos horas más tarde calculé que estábamos más o menos donde a mí me convenía.

Me incliné hacia adelante, y dije:

—Debe haber algún desvío a la izquierda, camarada. Tómallo cuando lo descubras.

—No hay ninguno. Conozco bien estos parajes. He conducido muchos camiones por aquí.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Ya veo. Eso hace que sea más difícil... Es mejor que disminuyas la velocidad.

—¿Por qué? Faltan casi veinte kilómetros.

—Es igual. Más despacio.

Pisó el freno, y redujo las marchas, refunfuñando su protesta.

Me eché atrás, volteeé el brazo, y le descargué un golpe de hacha en la nuca. Utilicé el duro borde de la mano, y el mazazo sonó como el de un martillazo.

Sin un lamento, el hombre se dobló hacia adelante. El coche empezó a dar bandazos alarmantes...

Salté por encima del respaldo y luché por dominar el volante. Gracias a llevar poca velocidad, pude conseguirlo sin dar una vuelta de campana.

Detuve el coche en medio del polvo, y examiné a mi chófer. Estaba muerto, con el cuello roto.

Suspiré. No podía sentir piedad alguna por aquellos tipos.

Conduje despacio, apartándome del camino hasta detenerme en un lugar salpicado de gigantescas rocas. Saqué el cuerpo inerte, y lo oculté detrás de un promontorio, donde era muy difícil que alguien lo encontrara en un tiempo. Luego, regresé al coche y le di la vuelta, emprendiendo el camino de regreso, llevando como equipaje el fusil ametrallador y la pistola de mi chófer...

Tal como le dijera a Doris, cierta clase de tratos era mejor ponerlos en cuarentena.

## CAPÍTULO IX

Agazapado en la oscuridad, seguí los cables eléctricos hasta la última casa del pueblo en su extremo sur. De la casa brotaba el rítmico latir del grupo generador, equipado con un motor diesel.

Junto a la puerta, sentado sobre un cajón de madera, un hombre fumaba distraídamente. Llevaba uniforme, pero no pude distinguir arma alguna a su alcance.

Rodeé la casa, de modo que llegué hasta él sin que se apercibiera. Y cuando barruntó que algo andaba mal, la culata del fusil ametrallador se abatió sobre su cráneo, y lo que quedó de él no fue nada agradable de mirar.

Entré en la casa. El gran grupo funcionaba a la perfección. El motor rugía con un ritmo perfecto, casi alegre, mientras la peste del gas-oil se esparcía por todos los rincones.

Busqué un martillo, y aplasté las bombas de inyección del motor. La máquina resopló como un ser vivo, lanzó unas falsas explosiones y se paró.

La luz parpadeó a su vez y acabó extinguiéndose.

Entré el cadáver del centinela, me desprendí de un gran cargador de cartuchos del fusil ametrallador, y los arrojé uno a uno dentro del tanque de combustible.

Cuando salí de la casa, empezaba a arder alegremente.

Corrí como un gamo por la parte trasera de las casas. Todo estaba oscuro, absolutamente negro en la noche nublada. El potente foco de la plaza también se había apagado, y se oían las carreras de los soldados en la oscura negrura de la noche. Algunos oficiales bramaban para imponer orden y colocar a cada hombre donde debía estar.

De pronto, alguien debió ver el resplandor del incendio que crecía por momentos. Dio la voz de alarma a gritos, y pronto se

elevó un clamor a todo pulmón. En unos segundos, la plaza quedó desierta, a excepción de un centinela ante la puerta del palacio blanco y otro en el edificio de enfrente.

Me deslicé pegado a la pared, aguardando, mientras el guardián se mantenía alerta y tenso, sin ver más allá de la punta de su nariz.

En aquel momento empezaron a sonar los estampidos. Secos, rotundos, lejanos.

Seguro de que el centinela estaría vuelto hacia la dirección de donde procedían los supuestos disparos, corrí como un gato, y entré por el portalón, sin que sospechara siquiera mi presencia. Justo cuando atravesaba el patio interior, una ráfaga de ametralladora pareció replicar a los desordenados disparos anteriores.

Sonreí en la oscuridad, porque aquello revelaba que estaban nerviosos. Habían confundido los estampidos de los proyectiles que yo había dejado en el fuego con los disparos de alguien apostado en la casa incendiada.

En completas tinieblas, subí escaleras y recorrí los pasillos que recordaba perfectamente. De vez en cuando, en alguna parte, cruzaba alguien apresurado, y oía voces excitadas que pronto se perdían tras un recodo o en la distancia.

La estancia donde Liu-Chian me había golpeado estaba desierta. A partir de allí, adopté más precauciones porque no era fácil que los guardias personales del despótico y sádico chino se dejaran impresionar por un incendio lejano y la oscuridad.

Tal como sospechaba, casi tropecé con uno de ellos al final de un pasillo. El hombre barbotó:

—¡Identifícate!

Volteé el ametrallador como si fuera una pesada maza. Acerté en alguna parte vital, porque emitió un quejido y se derrumbó, quedando inerte.

Salté por encima del cuerpo, y tanteé la puerta que al parecer había estado guardando.

No se abrió hasta que descubrí que había la llave en la cerradura y le di vuelta. El interior, tan oscuro como el pasillo, se abrió ante mi cual un pozo de sombras.

Contuve el aliento. De la negrura surgió la voz quebrada de Doris:

—¡Silencio, pequeña!

—¡Bart!

—Grita un poco más, y los tendremos encima en un minuto. ¿Estás atada a alguna parte?

—No...

—Entonces, ven hacia la puerta.

La oí deslizarse hasta que sentí el roce en mi brazo armado. Tanteé en la oscuridad, y pude rodearle el cuerpo con mi brazo libre. Sus labios, temblorosos y ardientes, calmaron los míos, y luego susurraron:

—Estuve segura de que habías vuelto cuando se apagaron las luces y escuché el alboroto... Luego, el resplandor del incendio afianzó mi esperanza...

—Te dije que regresada. Ahora sólo falta encontrar a nuestro viejo amigo Liu-Chian, y podremos largarnos.

—¿Cómo le encontrarás, estando tan oscuro?

—No es ningún tonto. Pensará que ese desbarajuste ha sido provocado, y de ahí a sospechar que el responsable soy yo, no habrá más que un paso. Entonces vendrá aquí para comprobar si vengo en tu busca... sólo que llegará tarde.

—Entonces, vámonos cuanto antes...

—¿Sin esperarle? No lo haremos en mil años. El vendrá a ponerse en mis manos.

—Pero supón que lleva una linterna...

—¡Claro que la llevará! Y eso me recuerda... No te muevas.

Corrí al pasillo, y arrastré al centinela, que dejé al otro lado del lecho, después de propinarle otro culatazo, por si el primero no había sido definitivo.

Le arranqué la pistola del cinto y, a tientas, se la entregué a la muchacha.

—Sólo por si algo saliera mal, pequeña... Yo esperaré fuera.

—¡Oh, Barí, no me dejes ahora sola...!

—Es preciso para terminar este asunto de una vez. Nadie te hará ningún daño, y, por si cualquier cosa saliera mal, tienes la pistola. ¿Qué más necesitas, un regimiento de lanceros?

—Sólo te necesito a ti, querido...

—Sí, bueno, pero no esta noche —dije, y salí.

Cerré la puerta con llave, dejé ésta en la cerradura, tal como estaba antes, y retrocedí en la oscuridad, fundiéndome en las

sombras, lejos de la puerta.

Tal como había vaticinado, Liu-Chian corría como si le persiguieran los diablos del infierno para asegurarse de que su prisionera seguía estando en su poder. Cuando se detuvo y tanteó la puerta, dejó escapar un suspiro de alivio.

Levanté la pistola poco a poco, y avancé en silencio. Oí chasquear la llave en la cerradura. Vi confusamente el bulto del hombre. Tiré del gatillo, y el estampido, en el pasillo, ahogó un aullido desgarrador.

De un salto, estuve a su lado. El disparó a ciegas, y la bala arremolinó el aire a unas pulgadas de mi cara.

Le pateé salvajemente hasta arrancarle el arma de las manos. Gimió, maldijo y se retorció en el suelo, tratando de escapar al castigo. No lo consiguió porque al fin había caído bajo mi poder, y yo podía ser tan despiadado como él y vencerle, y luego reírme de su agonía porque él se había reído de la agonía de Lorna...

—¡Bart!

El grito de la muchacha no me detuvo. Incluso cuando surgió de la habitación, tratando de sujetarme, la sacudí a un lado, mientras a mis pies el diabólico engendro del mal había dejado de lamentarse, y ya no tenía ni apariencia humana.

A puntapiés le entré en la habitación, cerrando la puerta.

Con voz que temblaba, Doris susurró:

—Darán otra vez la luz y no podremos huir, Bart...

—No tendrán electricidad en un puñado de días. Me he asegurado de ello, pequeña. ¿Tienes cerillas en el bolso?

—Me lo quitaron todo.

—Quizá él...

—Llevaba un encendedor de gas, perfectamente occidental. Una ironía, difícil de comprender en aquel hombre.

La llamita nos permitió ver lo que quedaba de él.

Doris se apartó, volviéndose de espaldas. Apagué el mechero y aguardé, inmóvil como la sombra de la muerte. Ella comprendió, y la oí sollozar, porque, a pesar de su trabajo, todavía no estaba bastante endurecida.

Quince minutos más tarde, volví a encenderlo y a reconocerlo.

Liu-Chian estaba muerto, al fin. Ya no volvería a enviar más toneladas de drogas ni a destrozar mujeres... como no lo hiciera en

el infierno.

Apagué la llama y Doris susurró:

—¿Está...?

—Muerto.

—Oh...

—Ahora podemos ocuparnos de tu amigo Helm.

—Lo creas o no, sólo deseo huir de aquí, de una vez por todas.

—Hazlo, pero yo he de ganarme todavía las cinco mil libras. Hasta ahora he estado trabajando para mí exclusivamente. Liu-Chian era cosa mía.

Descendimos hasta la planta baja. Alguien, cerca, le gritó a otro que estaba en una ventana:

—¡El fuego se ha corrido a las otras casas!

—¿No pueden atajarlo?

—¿Con qué, a cubos? ¡Hay que llamar a todos los que haya aquí dentro...!

El que había traído la noticia se fue a todo correr. Entonces dije:

—De modo que el fuego viene hacia aquí... Eso me parece muy bien.

Atravesamos la plaza. Un grupo de soldados pasaron a poca distancia, corriendo y sin vemos. Por encima de los tejados se elevaba un creciente resplandor rojo.

El centinela que custodiaba a Helm estaba pendiente del fuego. Debiera haber vigilado mejor.

Cuando levantaba el ametrallador para utilizarlo una vez más a guisa de maza, en la puerta surgió la voz de Helm, utilizando un idioma chino apenas inteligible para interrogar qué significaba todo aquel barullo.

El centinela señaló el resplandor. Helm no pudo contener una exclamación, y salió de un salto. El centinela le encañonó, y a empujones le obligó a entrar otra vez, refunfuñando mientras el inglés gritaba y maldecía, enfurecido por aquel trato que calificaba de injusto y arbitrario...

Apenas había cerrado la puerta de nuevo, cuando le golpeé. Cayó y otro camino quedó libre.

En voz baja, murmuré:

—Voy a intentar arrancarle el escondrijo aquí mismo, para ahorramos su traslado. Es mejor que te quedes en el vestíbulo y...

—¡No hay tiempo, Bart! Alguien, algún oficial, organizará este desbarajuste, y lo primero que harán será comprobar las guardias. Debemos marcharnos cuanto antes... con él.

—¿Vivo?

—Sí.

—*Okey*, primor. Te cedo el mando. Creo que sé cómo largarnos rápidamente.

Entré en la casa. Al oír el mido, Helm vino a mi encuentro, creyendo seguramente que era Liu-Chian o un enviado suyo.

—¡Ya era hora, condenación! —Gruñó—. Estoy harto de que me traten como un prisionero. ¡Vine a negociar y exijo...!

—Tómelo con calma, Helm, compadre...

—¿Qué?

Le cacé con un puntapié, que le arrojó de espaldas. Empezaba a levantarse cuando le descargué un culatazo, que acabo con sus recalcitrantes protestas.

A rastras, lo saque a la plaza. Doris me siguió.

—¿Está vivo?

—Seguro, querida. No le inquietes por él.

—¿Qué hacemos ahora?

—Hay cinco camiones estacionados en la calle que desemboca a la carretera. Du ellos, uno está cargado. Ése es el que nos interesa.

—¡Pero nos perseguirán con los demás!

—Me parece que no.

El camión cargado era el que estaba en primer lugar, como ya suponía. Tiré el cuerpo de Helm en el suelo de la espaciosa cabina. Ayudé a Doris a encaramarse en el asiento, y corrí hacia el que estaba más cerca.

En unos minutos, todos ellos ardían ruidosamente. En unos cuantos más, sus depósitos de carburante estallarían, esparciendo llamas en todas direcciones.

Me agarré al volante, y busqué la puesta en marcha. Eran camiones rusos, y ya casi había olvidado su funcionamiento. Doris dijo, asustada:

—Mira que si ahora no funcionase...

El motor rugió, y lo aceleré brutalmente para calentarlo cuanto antes. Sabía la clase de bromas que gastaban semejantes mastodontes.

Arranqué al fin, y todavía llegó hasta nosotros el sordo rugido de la gasolina al estallar. Cuando remontamos la primera cuesta, casi todo el pueblo era una hoguera.

—Y ahora, Bart, ¿qué piensas hacer?

—Bien, podemos embarcar en el junco, si lo encontramos y nos ha esperado... o pasamos la frontera dándole un soberano dolor de cabeza al teniente Fleming.

—Eso me parece más factible y rápido.

—Muy bien.

—Pero debes pensar en tu junco...

—Olvidalo. Duleep Sing aguardará tres días, a contar desde que me separé de él. Entonces, si no he vuelto, pondrá rumbo a Hong Kong.

En el suelo de la cabina, Helm empezó a rebullir.

Quité el pie del acelerador, y le aplasté la cara brutalmente.

Dejó de moverse. Doris me reprochó:

—No puedes hacer eso, Bart... Ese hombre debe ser interrogado.

—Seguro. A mi modo, primor. Dije que resolvería esta papeleta... «a mi manera». Y así será. Nos detendremos en el mismo lugar donde me libré de mi atento chófer...

—¿Y una vez allí...?

—Helm hablará. Y lo hará tan alto, que le oirán hasta del otro lado de la frontera.

Ella trató de protestar. Detuve la marcha, y le cerré la boca con la mía. Los labios me dolían endiabladamente porque estaban rotos y machacados, pero el beso era dulce y bueno, y calmó el dolor y se adueñó de los dos por entero.

Y casi nos venció.

Casi solamente, porque el tiempo se nos echaba encima, implacable.

Solté sus labios, y ella susurró:

—Si cada vez que protesto por algo me vences de ese modo, temo que mi carácter sufrirá un rotundo cambio, Bart... ¿Te gustaría una mujer protestona?

—Quizá.

Reanudamos la marcha.

Helm no dio señales de vida hasta que detuve el camión en el lugar que ya conocía...

## CAPÍTULO X

Nos miró, desesperanzado. Era un hombre derrotado, y lo sabía.

—¿Y ahora qué? —balbuceó.

Doris dijo:

—Será juzgado, por supuesto. Pero la entrega de ese legajo servirá de atenuante, supongo...

—El no ha entregado legajo alguno. Nos ha hecho sudar sangre hasta revelarnos su escondrijo, en ese tugurio de Kowloon. Sigo pensando que...

—Bart, el único que tiene el rostro convertido en una máscara de sangre es él. Tus salvajes métodos...

—Tan eficaces —la atajé.

Subí a la caja del camión. Estaba abarrotado de fardos, y calculé que transportaba por lo menos una tonelada de opio. Fleming iba a verse en un buen embrollo.

Encontré una cuerda, y con ella amarré a Helm, como si fuera otro de los fardos. Mientras tanto, le advertí:

—La policía te echará el guante, por supuesto, Helm... Declara todo lo que quieras, pero no nos metas ni a Doris ni a mí en tu historia... porque en ese caso, ni la policía podrá evitar que te corte el cuello. Y nunca amenazo en balde.

—Ya sé la clase de tipo que es usted...

—Eso me parece bien. Sospecho que viajarás muy incómodo allí dentro, pero peor sería estar muerto, ¿eh?

Lo levanté y, tras arrojarlo al interior de la caja, entre los fardos, volví a mi puesto de conductor.

—Asunto resuelto, primor. Acabo de ganarme cinco mil libras esterlinas.

—¿Sólo piensas en ese dinero? —También pienso en ti muy seriamente, lo creas o no. Y en Liu-Chian— terminé, rechinando los dientes.

—Algún día deberás olvidar ese espantoso drama, Bart, o acabará por convertirse en una obsesión... te destruirá a ti mismo.

—Lo intentaré.

El camión rodaba a buena velocidad, dando tumbos por el desigual camino. Ella se acercó a mí y me rodeó con sus brazos.

—Te ayudaré, Bart...

—¿Sí?

—A olvidar.

—Estás haciéndolo ya, primor. Pero si sigues intentándolo dentro de este cacharro, daremos unos cuantos tumbos antes de llegar a la frontera.

Me besó fugazmente y se rió. Era la primera vez que la oía reírse desde hacía infinidad de tiempo, y me gustó oírlo.

—¿Falta mucho? —indagó, de pronto.

—Cuatro o cinco millas. Ahora escucha... Detendré el camión al empezar la cuesta abajo, y te apearás. Por la derecha de la carretera irás hasta una hondonada, en el fondo de la cual discurre un riachuelo. ¿Entiendes?

—¿Y una vez allí?

—Sigues el curso del agua. No tardarás en ver los restos calcinados de una cabaña. Me esperarás allí hasta que me reúna contigo.

—¿Y el camión?

Solté una risita.

—Pasará la frontera, por supuesto.

La cuesta surgió, de pronto, ante los faros. Detuve la marcha un instante, el tiempo justo de besarla, y un segundo después, ella había desaparecido.

Lancé el camión cuesta abajo a creciente velocidad, con los faros largos encendidos. Los haces de luz revelaron a los agitados guardias fronterizos, y a los ingleses al otro lado de las dos barreras de madera pintada de rojo...

Abrí la portezuela y coloqué el fusil ametrallador de modo que trabase el volante. Alguien comenzó a disparar, y el parabrisas saltó en pedazos.

Entonces me arrojé a la cuneta, confiando que el brillo de las luces les impediría verme. El camión, rugiendo, se precipitó hacia ellos como un monstruo enloquecido. Los disparos cesaron cuando

el armatoste traqueteante se les echó encima...

Astilló la primera barrera, llevándose tres o cuatro «guardias rojos» por delante. Pareció que iba a desviarse, pero luego prosiguió su rumbo implacable, y convirtió en astillas la barrera inglesa, de modo que una tonelada de opio entró en Hong Kong, escoltado por un hombre buscado por traidor, mientras en la frontera parecía desatarse el caos.

Busqué el riachuelo antes de que a alguien se le ocurriera que el camión no podía haber llegado hasta allí solo...

Doris aguardaba, inquieta, en la oscuridad. La llevé casi en volandas colina arriba. Nos detuvimos ante la alambrada electrificada que los discípulos de Mao cuidaban con esmero. Me costó más de quince minutos localizar el zarzal, bajo el cual se abría el estrecho túnel que pasaba al otro lado...

—Es la primera vez que suspiro de alegría al entrar en Inglaterra —reconocí, guiando a la muchacha cuesta abajo.

—Bart...

—¿Sí?

—Detente un momento.

Lo hice. Se arrojó en mis brazos, tensa y apasionada, después del horror que dejábamos atrás.

Sus labios me dijeron sin palabras lo que sentía, que era lo mismo que sentía yo; y lo que ansiaba, que también coincidía con mis ansias. Fue un bello final del accidentado viaje, porque, para nosotros, la noche terminó allí.

Fleming, congestionado, soltó un rotundo juramento, muy poco acorde con sus deberes de oficial británico. Doris enarcó las cejas. Por mi parte, me limité a saborear el *whisky* sin prisas.

—¡De modo que fue así! —rugió—. ¡Le pareció divertido violar la frontera con un camión cargado de opio hasta los topes...!

—Yo no he reconocido nada semejante.

Se atragantó.

—¡Condenación! Acaba de reconocerlo ahora mismo. ¿Cree que soy idiota?

—Tómelo con calma. Lo que le diga a usted, privadamente, y lo que reconozca ante un jurado, son dos cosas diametralmente opuestas, teniente. Por otra parte, además de opio, ese condenado

armatoste tan incómodo llevaba otro equipaje... un tipo llamado Helm.

—¿Y qué con eso?

—Usted fue quien me metió en este lío. Si no hubiera querido verse libre del compromiso que significaban los enviados especiales del M.I.5, yo jamás hubiera intervenido en la búsqueda de ese traidor.

De nuevo le faltó la voz.

Cuando la recobró, gritó:

—¡Usted aceptó meterse en China para ajustar cuentas con Liu-Chian! ¿Cree que no lo sé? Y sé también cómo lo mató. He leído ese informe que míster Smith ha redactado.

—Ese tipo serviría para escribir novelas de aventuras. Quedamos que no constaría nada de eso en el informe.

—Lo ha quemado.

Eso me chocó.

—¿Cuándo?

—Después que lo hube leído. Dijo que... esto... que era una especie de compensación personal. El tipo está chiflado, pero quemó el informe. ¡Y le juro que...!

—No empiece nada que no pueda terminar.

—¡Usted ha reconocido lo del camión, delante de testigos!

—¿Qué testigo?

—¿Qué testigo? —Remedó con sarcasmo—. ¡Ella, su compañera de aventuras! Podrá declarar que...

Sacudí la cabeza de un lado a otro, y calló. Tras un instante de estupor, gruñó:

—¿Cómo que no?

—A menos que cambien las leyes, teniente, una esposa no puede prestar declaración contra su marido. ¿O sí?

Dio un salto, y toda su compostura de oficial británico se fue al diablo, hizo aguas, porque incluso para un hombre como el teniente aquello era demasiado.

—¡No me diga que... que se han casado...!

—No.

—Entonces...

—Nos casaremos mañana por la mañana, teniente. Precisamente estaba considerando la posibilidad de que fuera usted mi padrino de

boda. Estoy solo aquí, usted sabe...

El rojo subido de su rostro se agudizó. Su mirada saltó de mí a Doris, y volvió hacia mí, sobresaltada.

—¿Habla usted en serio?

—Naturalmente. ¿No es cierto, primor?

Doris asintió con una sonrisa adorable.

—Que me ahorquen —barbotó, entre dientes—. Por una vez pensé que podría borrarle de nuestro ambiente local... pero le habría echado de menos, lo crea o no. Sin usted, el hampa de Hong Kong perdería buena parte de su romántico atractivo.

Doris rió cantarínamente. Preparé un gran vaso para Fleming, que lo aceptó, a pesar de vestir de uniforme. No volvió a hablar hasta casi haberlo vaciado.

—A propósito —dijo, de pronto—. ¿Dónde está su sirviente indio?

—Navegando. No creo que tarde mucho en llegar.

—Su junco fue uno de los pocos que no pudimos registrar porque ya había zarpado.

—¿Registrarlo? —exclamé—. ¿Para qué?

—Es cierto que ustedes... Bueno, tres hombres principales de la colonia desaparecieron. Se sospecha que raptados.

—¡No me diga!

—El capitán piensa que fueron secuestrados, y que a estas horas están siendo trasladados por el interior de China. Los discípulos de Mao son especialistas en esta clase de cosas.

—Si me cuenta eso con la idea de que vuelva a entrar en el territorio rojo para sacarlos, está rematadamente loco, amigo.

—No, ya sé que eso sería esperar demasiado... especialmente en estas circunstancias —terminó, mirando a Doris descaradamente.

—¿Quiénes son los desaparecidos, teniente?

—¿Qué? Oh, sí, claro... *Sir* Mackintosh, el ayudante político del gobernador; *Mister* Josua Marsten, el propietario de las grandes empresas de import-export, y *sir* Guy Carfon, el director del Banco de Inglaterra.

—¡Demonios! ¿Por qué supone usted que se los llevaron?

—Rescate, tal vez.

Había algo en su voz que me obligó a examinarlo con nueva atención.

—Pero usted no lo cree —le espeté.

—Bien... no tengo nada que demuestre lo contrario.

—Siga, Fleming.

Tragó aire con dificultad. Sacudió la cabeza y decidió, de pronto:

—Prefiero seguir pensando que alguien pedirá un rescate, de un momento a otro. Sí, es mejor que siga pensando eso... Y ahora, he de irme, Crane.

Estrechó la mano de Doris con exquisita corrección, inclinándose levemente. Le acompañé a la puerta y se fue en su coche, sumido en sus preocupaciones.

Cuando volví al salón, Doris estaba riéndose.

Ahogué su risa en mis labios, y la vida nos sonrió de nuevo.

## CAPÍTULO XI

Duleep Sing atisbo por la puerta, vio que yo estaba solo, y se coló al interior. Vestía las ropas de a bordo, hechas trizas y sucias. Su cinto, sin el *cris*, resultaba incluso deprimente.

—Amo...

—Te esperaba anoche.

—¿Dónde está la señora, amo?

—Arriba, en sus habitaciones. ¿Por qué tanto misterio?

—¿Ella sabe...?

—No.

—Entonces, por eso. Se fueron anoche. Los tres.

Me eché atrás en la butaca, y cerré los ojos. La atroz aventura había terminado. Diente por diente...

Lorna podría descansar en paz.

—¿Por qué no viniste anoche?

—Hube de limpiar el junco, amo. No quedó ningún rastro de la estancia de ellos allí. Kuo me ayudó. Le pagué esta mañana, tal como habíamos convenido.

—Está bien. Eres una joya, Duleep Sing.

Se acarició la cintura, y sonrió tristemente.

—Gracias, amo. Pero me hubiera gustado que el *cris* hubiese vuelto contigo.

Le miré. Enarqué las cejas porque estaba realmente apenado.

—Y regresó, muchacho.

—¿Cómo? Tú me dijiste...

—Mira.

Abrí un estuche que tenía encima de la mesa. Contenía un *cris* relampagueante, cuya empuñadura era una filigrana de oro incrustada de joyas, un arma digna de un maharajá.

Lo contempló con ojos desorbitados, estupefactos.

Cuando pudo hablar, balbuceó:

—¿Para mí?

—Sí.

Pensé que iba a echarse en mis brazos. En lugar de eso, lo pensó mejor y tomó el *cris* casi con reverencia. Me miró intensamente con sus ojos negros y brillantes, volvió a mirar el arma y, dando media vuelta, salió andando como un sonámbulo.

En la puerta se cruzó con Doris, y ni siquiera la vio.

Ella entró, riéndose.

—¿Qué le pasa al muchacho?

—Está hipnotizado por el nuevo *cris* que acabo de regalarle. Ven, siéntate aquí y bésame, primor.

—¿Por qué tantas prisas?

Pero vino y la besé, que viene a ser lo mismo.

—Presiento que nos estropearán la mañana, nena. Nuestra soledad adorable se hará trizas y...

—¿Puedes hablar en serio?

—No. Y para evitarlo me voy. Cuando el teniente aparezca por aquí, hazle los honores de ama de casa. —¡Bart!

Me volví.

—¿Qué ocurre?

—Nada. Sólo quiero comprobar algo... en Kowloon. Eso fue cuanto le dije. Cuando me alejé con el coche, ella estaba en la balaustrada y me siguió con la mirada hasta que me perdió de vista en las curvas que descendían de El Pico.

Advertí la excitación, tan pronto llegué al centro. Luego, al detener el coche ante la entrada de la residencia, la nube de reporteros que aguardaban se encargaron de darme los informes que buscaba.

—Una ruina —anunció uno de ellos—. He podido verlo unos instantes... Una auténtica ruina babeante... Había visto otros drogadictos, pero éste era el más repugnante.

—Y dicen que los otros dos están igual —terció un fotógrafo del *Times*.

—¿Por qué no nos dejan verlo? ¡Tenemos derecho a informar!

El coro de protestas se elevó. No iban a obtener nada.

Yo había obtenido cuánto podía haber buscado. Conduje sin prisas, y no volví a detenerme hasta la cumbre de El Pico, en la escalinata por la que descendía Doris, tan hermosa como un sueño.

La necesitaba en aquellos instantes tanto como la vida.

—Fleming ha estado aquí —dijo solamente.

La enlacé por la cintura.

—¿Y...?

Subimos las escaleras en silencio. Arriba, ella se detuvo y susurró:

—Estaba desmoralizado, desconcertado por la aparición de esos tres hombres... O lo que una vez fueron tres hombres, Bart.

—¿Y necesitaba contárnoslo a nosotros?

—Buscaba una válvula de escape. Tú eres esa válvula para él... a veces. Me ha detallado el estado de los tres desgraciados... ¡Es horrible!

—Seguro.

Me cerró el paso, mirándome a los ojos.

—Tú lo sabías, Bart.

—¿Qué te hace suponer eso?

—Han estado tres meses casi sin que nadie supiera su paradero... y el junco ha permanecido este tiempo en alta mar, esquivando las patrulleras inglesas y rojas.

—¿Te ha dicho Fleming algo de eso?

—No.

—Entonces, olvídalo, querida. Ahora podemos decir que ya no queda nada pendiente en el pasado. Tú y yo podemos vivir solo el futuro, sin sombra alguna.

—¿Y ellos eran una sombra?

—Eran algo más. Algún día quizá te lo cuente.

Se estremeció. Inesperadamente, se apretó contra mí como si tuviera frío.

—Me alegro —musitó, apenas sin voz.

—¿Por qué?

—Porque ahora dejarás de pensar en ella. Te consideras liberado de su recuerdo, ¿no es cierto?

—Así es.

—Entonces, todo está bien. Llévame adentro, Bart. El tiempo refresca.

La levanté en vilo, y así entramos en la que ya era «nuestra» casa.

Y ya no había sombras ni pasado. Y el presente era Doris, y su

amor inmenso y sus besos construían el futuro segundo a segundo.  
Igual que aquel día, recién pasada la frontera.

FIN



PIDA REVISTA GRATIS - PIDA REVISTA GRATIS - PIDA REVISTA GRATIS - PIDA

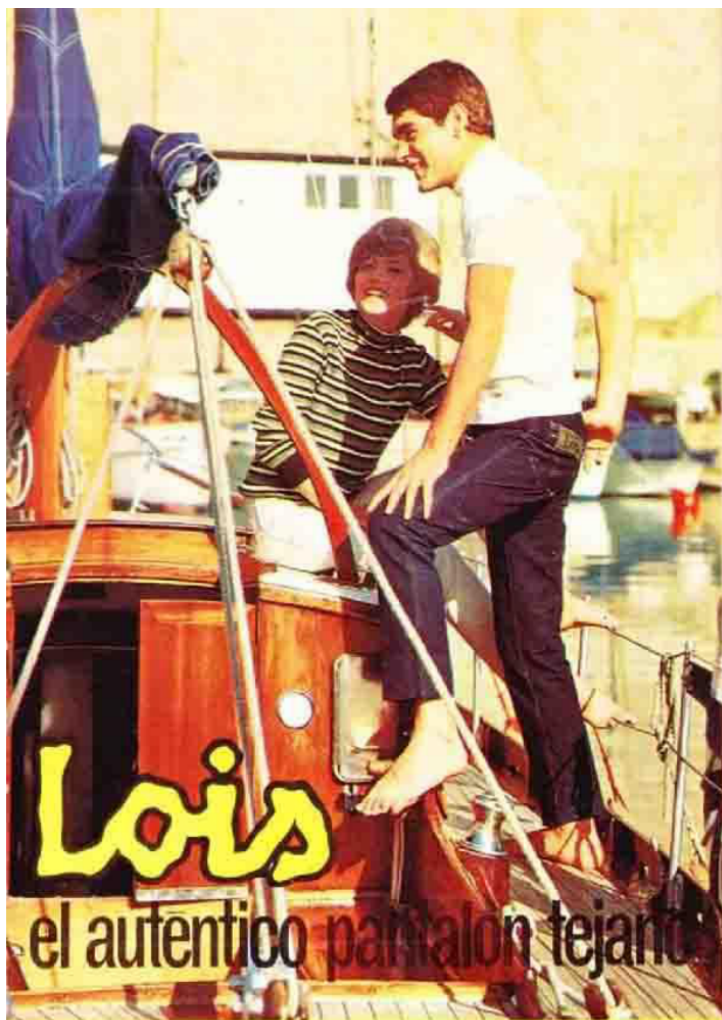
Enoch V. Richardson, University Wisconsin-Madison, 480 Lincoln Dr.  
Madison, WI 53706, USA. E-mail: enoch@facstaff.wisc.edu



**Sansón Institut-Ap. Correos 8047-Barcelona**







# Lois

## el autentico pañalon tejano



**EDITORIAL BRUGUERA, S.A.**

MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (ESPAÑA)

Impreso en España - Printed in Spain

**PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.**

